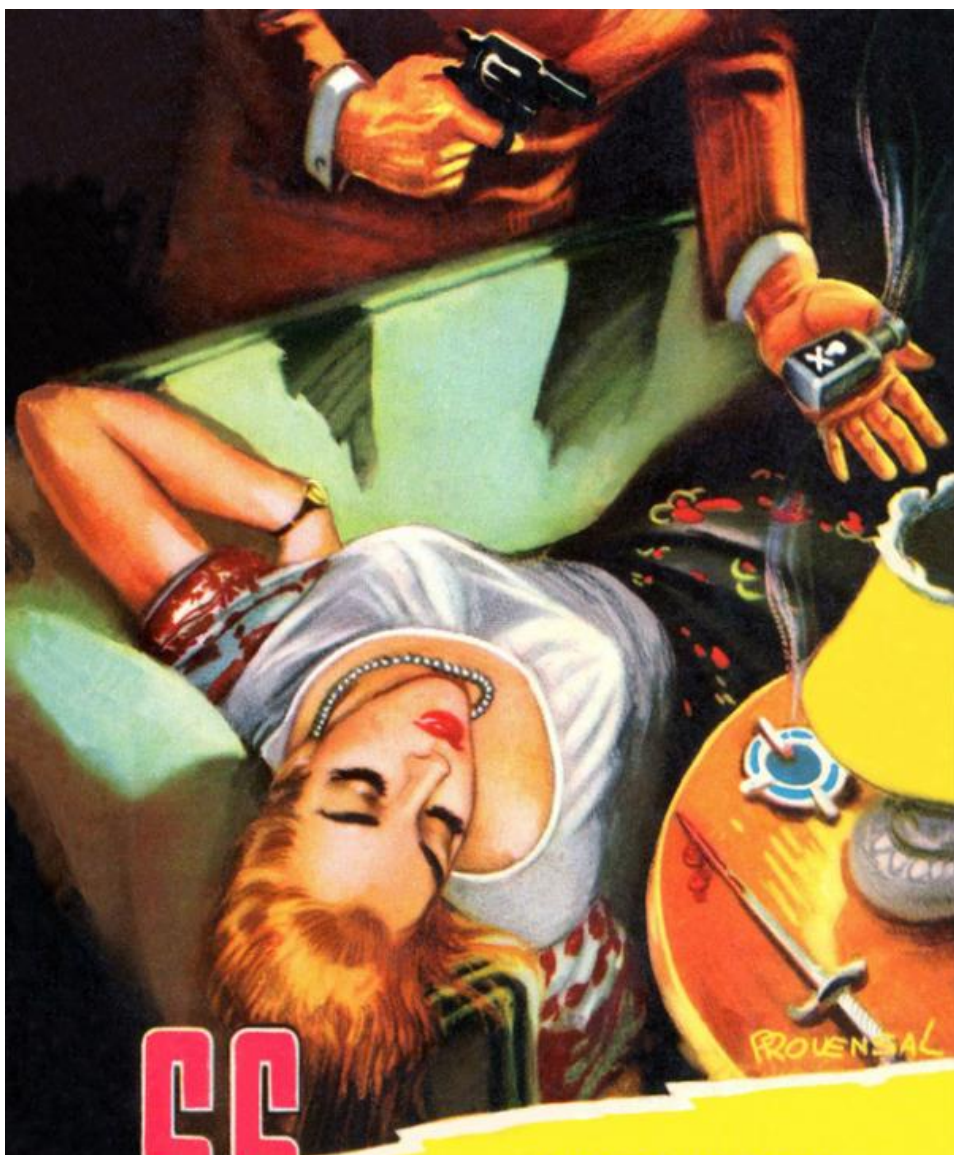




SS

SERVICIO
SECRETO

PETER DEBRY

ARSENICO Y ESTILETE

Arsénico y estilete, Servicio secreto, nº 117, Bruguera, Barcelona, 1952, portada de Provencal, ilustraciones interiores de Macabich.

Un nuevo caso del inspector Victor Vital. En una reunión de la alta sociedad parisina en la que se celebran los triunfos deportivos de unos equipos masculinos y femeninos, aparece asesinado el apuesto Paul Nuvion tras haber ingerido una dosis de arsénico; los invitados presentes se convierten de golpe en sospechosos. El comerciante murciano Manuel Ortuño y sus dos bellas hijas, Conchita y Julia, el apuesto Miche Aymé y su amigo Gaston Mornay, el maduro y seductor Jean Preval, la esquiwa Adelina Duprez, las bellas primas Margot Calvet y Louise Doriot... Vital empieza una exquisita investigación que le lleva a sospechar de todo el mundo hasta que aparece asesinado, con un estilete, Jean Preval. Todo se complica cuando se descubre que todos los implicados tenían un cortaplumas igual al que se utilizó en el crimen.

La investigación de Vital desvela que Preval era un miserable que seducía mujeres para luego chantajearlas y que Duprez era sobrina de Preval y que ésta había seducida y engañada años antes en Ruan por el mejor amigo de Nuvion, Ernest Duc. Duc es un muchacho que no estaba presente en la fiesta donde murió su amigo y que en la actualidad es el prometido de Louise Doriot. Conchita Ortuño, que había visitado a Preval al saberse chantajeada y humillada, se suicida tras confesar que ella es la autora de su asesinato. Finalmente, tras una hábil artimaña, Adelina Duprez, siguiendo las indicaciones de Vital, consigue que Duc confiese que él mató a su amigo a través de su prometida Louise, que en la fiesta le suministró el veneno mortal; todo ello para conseguir una importante cantidad de dinero. Vital resuelve el caso, Duc es condenado a muerte y Margot Calvet, que había llegado a ser encarcelada como sospechosa, se casa con Michel Aymé.

La novela tiene un planteamiento excelente y se organiza y desarrolla de forma impecable siguiendo los modelos narrativos consolidados por las obras de Agatha Christie: un crimen, un puñado de sospechosos, un atento investigador, múltiples pistas

falsas, nuevos crímenes que enturbian la investigación y resolución brillante. Estructuralmente la novela plantea aspectos interesantes; así, el primer capítulo, calificado como prólogo, nos sitúa en la ciudad de Ruan, donde un chico seduce a una chica y la engaña. No se nos dice quiénes son pero el desarrollo de la novela nos va a permitir entender que ese segmento narrativo retrataba la seducción de Duc sobre Adelina. También es muy interesante el capítulo que describe la muerte de Preval; el lector asiste a la visita que éste recibe de dos mujeres y cómo la segunda le mata pero en ningún momento sabemos quién es la criminal; sólo después la investigación lo desvelará.

París aparece como una ciudad creíble «Pronto se perdió en la bruma, atravesando el puente sombrío y húmedo que unía el bulevar de Saint Michel con sus típicos “quais” de librerías de viejo con el casco antiguo de la isla de La Cité» (p. 114) y el ambiente de la alta sociedad, donde la mujeres se perfuman con Chanel nº 5 es plásticamente descrito. Mención especial merece la figura de Victor Vital quien, tras su aparición magnífica en los volúmenes de la colección Guante blanco no había protagonizado ninguna novela. Austero, solterón, amante del buen comer, nostálgico evocador de su juventud de estudiante, atendido por su ama de llaves Nicole, Vital se muestra inteligente, sutil, reflexivo, humano y tenaz. «Era un inteligente epicúreo, que maduraba con gallarda prestancia. Veinte años de servicio en la policía era quizás lo que le hacía mantenerse en una recalcitrante soltería. No tenía la agudeza deductiva y milagrosa de un Sherlock Holmes, ni poseía la extensa cultura y meticulosidad de un Philo Vance. Carecía también de la sagacidad repleta de untuosos refranes de un Charlie Chan, pero había resuelto todos los casos más difíciles que le habían encomendado en la Brigada Criminal. Era un ser humano normal y corriente (...) De alta estatura, corpulento aunque sin gordura, el corte serio de su ropa, el cabello grisáceo, la montura de oro de sus gafas y la medida de sus ademanes, eran rasgos más apropiados para un catedrático que para el que era un célebre descifrador de enigmas sangrientos.» (p. 20-21)

La novela se inicia con una magnífica descripción de la ciudad de Ruan.

“Ruan, la arcaica ciudad francesa repleta de sabor medieval, estaba envuelta en brumas que tejían encajes aéreos en densos remolinos. Un cielo plomizo parecía desplomarse sobre las mohosas calles.

La lluvia golpeaba monótona, como si, adormecida, se aburriera de repetir siempre el mismo destino. Las arcadas de los soportales protegían del agua al estudiante que consultaba su reloj, mirando impaciente a lo lejos, donde una teoría e erguidos campanarios, rezumaban líquida melancolía.” (p. 5)

En la novela hay anotaciones autógrafas del autor que anuncian un nuevo título en un refrito que podría haber sido Tragica espera o Cianuro y estilete; no las tenemos localizadas. Además de pequeñas correcciones de estilo, cuando presenta a Vital, «No tenía la agudeza deductiva y milagrosa de un Sherlock Holmes, ni poseía la extensa cultura y meticulosidad de un Philo Vance. Carecía también de la sagacidad repleta de untuosos refranes de un Charlie Chan, pero había...», tacha la referencia a Charlie Chan y la sustituye por los nombres de Ironside y de Perry Mason; la influencia de la TV y de los nuevos referentes del género es evidente.

Extraída: <http://peterdebry.blogspot.com/2009/02/arsenico-y-estilete.html>

ARSENICO Y ESTILETE

PETER DEBRY

ARSENICO Y ESTILETE

1ª EDICIÓN
OCTUBRE-1952



EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA

OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
EN ESTA COLECCION:

1 — La brigada de los suicidas. 4 — Sirenas tropicales. 6 — Los cuatro ases. 8 — El castillo de los ahorcados. 10 — Peces de plata. 12 — «Gangsters» en Casablanca. 14 — Valses tétricos. 16 — Los buitres negros. 18 — En busca de una cabeza. 20 — La atómica en Hollywood. 24 — La bella del Bósforo. 26 — La isla Corazón. 28 — Los diablos del Ártico. 32 — El pulpo humano. 34 — La pequeña tonquinesa. 36 — Piratería moderna. 38 — Un pistolero en el F. B. I. 40 — Dama «Dinamita». 44 — Doctor Borgia. 46 — Asesinatos en el Estadio. 52 — La muerte lenta. 54 — Platillos volantes. 56 — Aviones sin rumbo. 64 — El vampiro de Brooklyn. 66 — Cadáveres ambulantes. 69 — Gongo Kong. 71 — Los tiburones del «Tritón». 73 — Balas perdidas. 77 — Tobillos de oro. 80 — Los muertos no mienten. 91 — La ley del machete. 93 — Calavera de plata. 95 — Horas trágicas. 97 — La dama de los Nenúfares. 102 — La fiera acosada. 104 — Corsarios anfibios. 106 — Trágica apuesta. 108 — Los evadidos de Cayena. 110 — La banda de la zarpa. 114 El caso del caimán.

PRINTED IN SPAIN

Reservados los derechos para la presente edición.
Impreso en Gráficas Bruguera. Proyecto, 2 - Barcelona

ARSENICO Y ESTILETE

por PETER DEBRY



PRÓLOGO

Ruan, la arcaica ciudad francesa repleta de sabor medieval, estaba envuelta en brumas que tejían encajes aéreos en densos remolinos. Un cielo plomizo parecía desplomarse sobre las mohosas calles.

La lluvia goteaba monótona, como si, adormecida, se aburriera de repetir siempre el mismo destino.

Las arcadas de los soportales protegían del agua al estudiante que consultaba su reloj, mirando impaciente a lo lejos, donde una teoría de erguidos campanarios, rezumaban líquida melancolía.

Tardaba ella más de la cuenta... ¡Por fin!

—¿Llevas mucho tiempo esperándome? —preguntó ella, inútilmente.

—¡Cuarenta y dos minutos con veintitrés segundos! —estalló el enamorado.

—No pude venir antes, cariño. Anda, sonríe y no me mires con esta cara de lobo feroz. Sonríe.

—Siempre que nos citamos, tardas lo increíble.

—Es que tengo que inventar pretextos, visitas a amigas. A mi tío no le gustan estas entrevistas.

—Pero ¿por qué, señor? Yo quisiera conocerle, quisiera demostrarle que no soy un estudiante más.

—No es que tenga prejuicios contra ti, puesto que tampoco él te conoce. Dice sencillamente que no le merecen confianza estos ciudadanos de París, como tú, que hacen el viaje a esta Universidad, para aprobar más fácilmente.

—Pero, nena, una cosa son los estudios y otra el cariño. Yo te quiero con toda mi alma, y es ésta una asignatura en la que no me suspende ningún catedrático.

Se entristeció el semblante de ella.

—Temo que me engañes, y que sea lo aburrido de mí pueblo lo que te hace creer que me quieres.

—¡Otra vez! —exclamó él con sincera indignación—. ¿Cómo he de cantarte que no vivo sino pensando en ti?

Era sincero, y ella creyó en sus promesas. Cómplices fueron la obscuridad, la soledad, la mutua juventud...

El tiempo pasó su esponja escéptica por los viejos y eternos escenarios en demanda de nuevas parejas, que repetían las mismas palabras, los mismos ademanes, las mismas resistencias vencidas...

Pero de estas parejas, algunas olvidan, otras viven recordando, y de los dos personajes de la juvenil y eterna comedia, a veces... uno de los dos vive en trágica espera de vengarse.

CAPÍTULO PRIMERO

DOS GENERACIONES

El café «Savoy» del bulevar Capucines, muy confortable y acogedor, estaba vacío. Había pasado la hora del desayuno, y era aún temprano para el concurridísimo aperitivo.

El camarero que leía la prensa en un rincón, acudió a la llamada de dos clientes que acababan de entrar.

El de más edad, un hombre de sobria elegancia y modales precisos, encargó un ponche especial, y el muchacho que le acompañaba pidió un jugo de naranjas.

—Este ponche que siempre toma usted, es ya famoso —dijo el joven sonriendo.

—No se me oculta que parezco una solterona maniática, así como tampoco ignoro que ustedes me llaman «Ponche». Pero yo, amiguito, he pasado ya de los cuarenta y cinco, y debo cuidarme.

—Realmente, dos yemas de huevo batidas en un vaso de Oporto, con leche, y gotas de coñac, constituyen un tónico enérgico.

—Los cincuentones necesitamos inocularnos energías artificiales.

Asimismo el hecho de que Jean Preval fuera el director y propietario del campo de deportes «Sveltin», en las afueras de París, de donde era entrenador de baloncesto el joven que le acompañaba, Michel Aymé, no fue lo que impulsó a éste a protestar con sinceridad:

—Terminaré por creer, señor Preval, que es usted como Cecile Sorel. Le gusta recordar su edad, contento de poder presentar una silueta tan juvenil. Y así, con sus conquistas, reverdecer los laureles del burlador de Sevilla, aunque estemos en París.

—Yo soy un hombre viejo con el corazón muy joven, y por tanto, más que burlador, burlado.

—¿Y el coro de niñas suspirantes que se perecen rivalizando para que usted las distinga?

—No son más que muchachas deseosas de que les hablen correctamente porque los piropos que oyen habitualmente son demasiado deportivos y carentes de espíritu. A ellas les gusta poco el nuevo estilo de galantear, que no en vano llevan en la sangre la tradición de mil atenciones recibidas de la francesa galantería.

—Pasó la época del tierno suspiro y las miradas lánguidas.

—No hace falta incurrir en sensiblerías ridículas. En cambio, los buenos modales y la galantería sin empalagos, es un trato que ellas siempre agradecen.

—Estamos en el siglo de la Eva deportiva y práctica.

—Pero, íntimamente, la mujer de hoy es espiritual y, ansiosamente, la misma que en siglos anteriores. Anhela romanticismos, porque este potencial, el propio de todo humano, si bien hoy poco aparente, late idéntico a como latía en siglos pasados.

Consultó Jean Preval su reloj.

—No tema retraso en Line —dijo Michel Aymé—. Es muy puntual. La clásica mujer de negocios. Por cierto, en ella está el viviente ejemplo de la mujer moderna.

—No he tenido el honor de tratar con frecuencia a Adeline Duprez, pero por sus obras deduzco que es inteligente.

—En grado superlativo. Pero ¿ve usted?... cualquiera le va a Line Duprez con palabritas de madrigal.

—Si es inteligente no contestará con un desplante a una frase correcta.

—Pero hiela el alma al más audaz... —y el atlético deportista añadió—: Sin ir más lejos... Estoy firmemente convencido de que mi única fortuna es mi carácter despreocupado, lindante con la desvergüenza sublime, ¿no?

—Hombre —desvió sonriente Preval—. Yo no negaré que es usted decidido, emprendedor... en fin...

—No hace falta que busque eufemismos, señor Preval. Sé que soy un caradura, y me va muy bien, porque vivo al son de mí tiempo. Sin embargo, el día que intenté castigar a Line, me quitó

para siempre el deseo de intentarlo. Fue muy expresiva... ¡oh, sí, muy expresiva!, sin perder amabilidad. Y fue peor... Era una amabilidad despectiva, que me dio la impresión de que yo era un baboso gusano, y ella la reina de Saba. Es fríamente demoledora y enérgica.

—Para algo es fundadora y presidenta del «Club de las Solteras».
—Y en el comentario puso malicia Jean Preval.

En el umbral del café apareció una muchacha que con pasos decididos se dirigió a la mesa ocupada por Preval y Aymé.

Modelada en un traje sastre gris, peinados los rubios cabellos en alto, el firme dibujo de la boca y el brillo metálico de sus azules ojos, le daban un aire de madurez, que chocaba con su juvenil aspecto y la tersura de su tez.

—¿Les he hecho esperar mucho? —inquirió.

—Son las once en punto. Muy británica, Line. ¿Qué tomará usted? —preguntó Preval.

—Nada, gracias. Tengo que marcharme enseguida. Les cité aquí porque ya saben que los estatutos de mí sociedad prohíben la entrada de elementos masculinos en nuestro club. El motivo de mí cita es el siguiente: mi equipo de baloncesto ha quedado campeón del distrito norte en la categoría femenina. El de usted, gracias a los dotes de su entrenador y capitán Michel...

El aludido hizo una burlona reverencia, y ella prosiguió:

—... ha logrado el campeonato masculino. Y voy al caso: Michel puede testimoniar que, además de llamar a mí círculo recreativo, el «Club Histeria», «De Cirios Apagados», y...

—¡Pero, hija! ¿Quién les calumnia tan alevosamente? —interrumpió Michel Aymé con zumba calmosa.

—No me interrumpas, Michel, que tengo prisa. Como digo, además de los nombrecitos y apodos más o menos inteligentes, los de su equipo han empezado a decir que si nosotras tuviéramos algo de dignidad deportiva, celebraríamos con ellos el haber logrado para el distrito norte parisino, los dos trofeos, pero insinúan que como somos unas avinagradas solteronas, lo festejaremos con nuestros canarios, gatos y pequineses; niégalo, Michel.

—Yo no niego nada. Me limito a felicitar a tu servicio de información.

—Aborrezco por igual la pedantería como los extremismos.

Fundé mi centro para mujeres solteras exclusivamente, porque no creo que los clubs sean un privilegio y un monopolio masculino.

—Fue una magnífica idea, Line —asintió Preval.

—Gracias. Pues bien, como decía, no quiero que nos tomen por estúpidas enemigas del hombre. El hecho del doble campeonato es suficiente para hacer una excepción, y por esto les cité aquí. Para decirles que ni nos asustamos ante Adán, ni ante los chismes. Y como en el salón de mí club puede celebrarse una cena-baile, quedan invitados, señores del «Sveltlin». De nosotras solamente asistiremos mi equipo y yo. ¿Les parece bien la idea?

—Encantadora —aseguró Price—. En nombre propio y de mí equipo, le doy las gracias más efusivas.

—Da gusto ver lo expeditiva y tajante que es «*Madame*» Line, y conste, que lo de «*Madame*» no es para envejecer tus hermosos veinticinco años, sino por tu decidida manera de presentar las cosas —dijo Michel Aymé.

—Oye, Michel —insinuó ella sonriente—. Para que tú y los del equipo no os veáis al borde de la meningitis, buscando calificativos para bautizar la cena-baile, ¿te ayudo?

—No hace falta. Ya verás cómo solos sabremos salir del paso. El chisme no va a ser tampoco una exclusiva femenina.

Se levantó ella.

—Cierto que no. Casi nos superáis. ¡Les parece bien celebrar la fiesta esta misma noche! ¿A las nueve?

—Lo que usted mande, Line. Esta noche, a las nueve, estaremos allí con sumo agrado.

Estrechó ella las dos manos varoniles, y se marchó, dejando en el ambiente la sutil y tenue fragancia de un perfume que Jean Preval, experto conocedor, aspiró con deleite: «Número 5» de Chanel.

Burlón, comentó Aymé:

—El tiempo es oro, ¿no le parece, señor Preval?

—Es indudable que esta preciosa mujercita no necesita de ningún hombre para andar por el mundo, y es lástima...

Liquidó la cuenta y mientras se dirigían a la calle, afirmó Aymé:

—Desde las «enemigas rendidas», hasta las «solteras revolucionadas», pasando por «las sin novio permanente», fíjese si hay variado surtido de calificativos para la fiestecita de esta noche.

—Detesto la ironía fácil —dijo secamente Preval.

Michel Aymé se calló, asombrado ante la brusca réplica de «Ponche», siempre tan comedido y cortes.

En el número nueve de la «Chaussée d'Antin», vivían, desde hacía siete años, el exportador frutero Manuel Ortuño, y sus dos hijas, Julia y Conchita.

Nacido en España, Manuel Ortuño, murciano emprendedor, era el prototipo del hombre autodidacto.

Simple empleado en la casa frutera «Soto», había logrado antes de la treintena y recién casado, ocupar la dirección de la sucursal francesa de Burdeos, donde nacieron sus dos hijas, muchachas típicamente españolas en la apariencia exterior, aunque educadas y ambientadas a la moda francesa.

Coincidieron los veinte años de Julia con la muerte de su madre, y dos años después, Manuel Ortuño se instalaba en París al frente de la razón social «Soto y Ortuño-Exportaciones», desarrollando durante los siete años que llevaba en París, una labor eficaz y próspera.

Algunas veces echaba de menos el sol de la vega murciana, pero el refinado ambiente del círculo social que frecuentaba, le retenía con su seducción.

Entró en el comedor con paso rápido. Sus dos hijas tendieron la mejilla al beso apresurado de su padre.

—Ya os he dicho repetidamente que no esperéis para comer a que llegue yo, cuando me retraso tanto.

—Estás siempre tan atareado, papá, que sólo podemos reunirnos los tres con seguridad a la hora de la comida. ¿Qué menos que te esperemos? —expuso Julia, la hermana mayor.

Morena, de cuerpo ágil y esbelto de deportista, era imposible, al contemplar su exótica belleza, pensar que pudiera tener más de veinticinco años.

—Agradezco vuestra amabilidad. A propósito, Conchita, ¿admitirás que tengo más experiencia que tú? —preguntó Ortuño, enfocando a su hija menor con una mirada bondadosamente sarcástica.

Conchita Ortuño era una filigrana aporcelanada de suaves y esculturales turgencias. Los negros cabellos, cayendo en ondulada melena sobre la blanca seda de su blusa, contrastaban con la

blancura mate de su tez.

En la venturosa edad en que confesar diecinueve años constituye una vergonzosa tortura, gustaba de aparentar el tono de una mujer desencantada, ya de vuelta de todo.

—No seas irónico, papá. ¿A qué viene tu pregunta?

—Creo que te han visto con alguna frecuencia en compañía de Jean Preval, y no me convence tal frecuentación.

—Nos fue presentado por los Nuvion, en la fiesta de puesta de largo de la hermana de Paúl Nuvion —intervino Julia—. Y ya sabes que los Nuvion no admiten en su casa a gente dudosa.

—Desde el punto de vista de los convencionalismos sociales, no tengo nada que objetar contra Jean Preval. Me refiero a su fama de don Juan maduro.

—Así sois los hombres —comentó Conchita, con mohín de aburrida experiencia—. Basta que una muchacha prefiera la compañía de un caballero correcto y de amena conversación a la de un muchacho insubstancial, para que enseguida le deis vuelos a las malas ideas.

—Te recordaré muy respetuosamente, por si lo estás olvidando, que por ser tu padre, no opino mal de ti, sino muy al contrario; lo que quiero es evitar la murmuración.

Julia pensó que seguramente aquella mañana su padre había realizado algún buen negocio, porque en sus habituales discusiones con Conchita, solía ser más brusco.

—¿Estimas que no debo saludar al señor Preval? —quiso saber, con aire desdeñosamente superior, Conchita.

—En sociedad, hablarás cuanto quieras con él, pero fuera de mí casa o de las de mis amigos, te abstendrás de verle. Te lo ruego.

El tono suave de su padre aquietó la pronta irascibilidad de Conchita, que, como hija predilecta, se tomaba muchas libertades.

—Bien, papá, si crees que es lo mejor, seguiré tu consejo.

CAPÍTULO II

ARSÉNICO

Adeline Duprez miró complacida a las dos parejas que bailaban al son de la música de la radiogramola, y al grupo animado que en un rincón ofrecían Michel Aymé, Julia y Conchita, en animada charla.

Había terminado la cena fría, que, típicamente a la americana, fue consumida por etapas, alternando con el baile, y Preval felicitó a Adelina por lo acertado de la elección del menú.

Manuel Ortuño, sentado al otro lado de Adelina, insistió en sus excusas:

—No quedaré contento del todo hasta que me prometa que no me guarda rencor.

—¿Rencor? ¿Por qué? —rió ella—. Ya le he dicho que ha hecho usted muy bien en venir.

—No fui invitado. Seré padre chapado a la antigua, y todo lo que quiera, pero así como no me opuse a que mis hijas se asociaran en su club, Line, hoy cuando me contaron lo de la fiesta, me pareció más oportuno acompañarles a ustedes.

—Repito que ha hecho usted muy bien.

—Conste que no es desconfianza —se defendió Manuel Ortuño, porque adivinaba ironía en los semblantes de Adeline y Preval—. Comprendan que si para los enterados es muy plausible el motivo de reunirse para celebrar el doble campeonato, en cambio para los no enterados, que son precisamente los que más murmuran, podría haber sido pretexto para decir mil tonterías.

—Naturalmente... Y usted ha pensado que con su presencia

quedan eliminadas todas las malas interpretaciones.

—Exacto. Por esto me acuso de aportar mis cabellos blancos a esta reunión tan juvenil.

—¿Y los míos, señor Ortuño, no cuentan? —ironizó Preval.

Manuel Ortuño le miró con poca simpatía. Replicó:

—Le sirven únicamente de atractivo. Al menos, así lo dicen mis hijas.

Julia y Conchita se entretenían en suposiciones y críticas, chismosa labor en que colaboraba Michel Aymé.

—Yo creo —opinó Julia— que la niña tiene razón.

«La niña», su hermana Conchita, frunciendo los labios muy carminados, repitió con aire enterado:

—Claro que tengo razón. Ernest no ha venido porque sabe que Line le odia. O sea que su excusa de que está enfermo es un pretexto.

—Por muy antipático que le sea Ernest a Line, ésta no muerde, ¿verdad? —rebatía Michel—. Y ella ha invitado al equipo entero. A esto debo el placer de estar en vuestro sagrado e impoluto recinto.

Las dos parejas que bailaban se acercaron a la mesa donde las poncheras ofrecían el refrescante «cup».

—Deliciosa noche —dijo Gaston Mornay, para decir algo.

—No está mal —replicó su pareja, Louise Doriot.

Tanto podía referirse a la noche como al «cup» que bebía. Pelirroja y muy bien formada, siempre que algún hombre rondaba cerca, los nervios la retorcían. Michel Aymé la había definido: «Un plato de natilla con pimienta».

Y era exacto. Porque, meliflua y dengosa en apariencia, sus risas sin motivo y las miradas en sesgo que prodigaba cuando cualquier hombre se ponía a su alcance, hacíanla a ratos exasperante.

Así se le antojaba a Gaston Mornay, que aprovechó la proximidad de la otra pareja para intercambiar:

—¿Quieres bailar conmigo, Margot?

Quedó Louise Doriot frente a la ponchera con Paúl Nuvion.

—Baila bien Gaston, ¿verdad, Lulú?

—Como un oso domesticado —replicó ella, entre una risa aguda y un batir de pestañas. Era ahora excusable su emoción.

Paúl Nuvion, un guapo muchacho, con fama de que pronto llegaría a ser un gran financiero, añadió:

—Tu prima Margot es una chica muy simpática. No es tan atractiva ni tentadora como tú, pero ya que Ernest me ha ganado por la mano, y contigo nada puedo intentar...

—No seas tonto —interrumpió ella. Quería significar que aunque Ernest Duc fuera su novio, no le hubiera disgustado a ella que Paúl Nuvion se hubiese anticipado, o fuera el sucesor de Ernest Duc.

—¿Por qué no ha querido venir Ernest?

—A última hora me avisó por teléfono que estaba enfermo.

—Así podré acapararte, sin que Ernest me rete a duelo.

A las dos parejas formadas por Margot Calvet, Gaston Mornay, y Lulú Doriot con Paúl Nuvion, se unió, en el arte de abrazarse con música, Michel Aymé y Conchita.

La armoniosa figura, señorial y morena, de Julia Ortuño, contrastaba con la rubia Adeline Duprez, en un rincón.

La fiesta seguía animada, cuando a las doce y media, Margot Calvet, poniéndose en pie con un grito tembloroso, levantó el telón sobre el primer acto de la tragedia.

Con la mano extendida señaló a Paúl Nuvion, que sentado, con el rostro contraído, apoyaba la barbilla en la pechera del «*smoking*».

Se aproximaron todos en tropel, y Margot, enfermera y practicante, hizo el gesto que hablaba con más elocuencia que cualquier palabra; tocó con la mano la sien de Nuvion, aplicando después la misma en el corazón.

Alguien sacudió a Paúl Nuvion, que no reaccionó, porque estaba muerto.

En vida, era un muchacho de fuerte constitución, sin enfermedad alguna, y no cabía pensar en colapso ni afección cardíaca.

Disipó el angustioso silencio la voz de Jean Preval.

—No nos movamos de aquí. Michel, telefonee al Juzgado de guardia.

Todos los que instantes antes se sonreían amablemente, eran ahora recelosos personajes, porque alguien había citado a un invitado inesperado: Arsénico.

CAPÍTULO III

UN INSPECTOR PARISINO

Víctor Vital dormía apaciblemente, como hombre de vida metódica, cuyo evangelio era: «Trata lo mejor que puedas tu cuerpo y tu espíritu». Era un inteligente epicúreo, que maduraba con gallarda prestancia. Veinte años de servicio en la policía era quizás lo que le hacía mantenerse en una recalcitrante soltería.

No tenía la agudeza deductiva y milagrosa de un Sherlock Holmes, ni poseía la extensa cultura y meticulosidad de un Philo Vance. Carecía también de la sagacidad repleta de untuosos refranes de un Charlie Chan, pero... había resuelto todos los casos más difíciles que le habían encomendado en la Brigada Criminal.

Era un ser humano, normal y corriente.

El timbre del teléfono repiqueteó sobre la mesita de noche, taladrante y machacón. No cabía hacerse el sordo, y Víctor Vital tuvo que apoderarse del aparato, a veces muy enojoso. Se despertó del todo, al oír la voz del Comisario General.

—... Siento despertarle, Vital. Se trata de un caso que requiere todo su tacto y diplomacia.

—... Gracias, señor.

—... En la calle Monceau, no recuerdo el número, está un círculo recreativo de señoritas, ¿lo conoce?

—... Desde fuera, sí, señor. Tengo un amigo cuyas dos hijas pertenecen a dicho Club.

—... Mejor entonces. Acaban de telefonarme desde este club, el forense de guardia, comunicándome que a un tal Paúl Nuvion le han administrado una buena dosis de arsénico. Vaya allí, y le

recomiendo su habitual parsimonia. Compréndame. No es un asunto entre vulgares maleantes. Son gente irreproachable... al menos hasta ahora. Ya me informará mañana.

Colgó Vital, y sin demasiadas prisas fue vistiéndose. En la calle, la fría llovizna le azotó el rostro. De alta estatura, corpulento aunque sin gordura, el corte serio de su ropa, el cabello grisáceo, la montura de oro de sus gafas y la mesura de sus ademanes, eran rasgos más apropiados para un catedrático que para el que era un célebre descifrador de enigmas sangrientos.

Ante el «Casino de las Solteras» había una blanca ambulancia estacionada. Cuando entró en el local, el reloj de una cercana iglesia desgranó dos campanadas.

En el vestíbulo, Vital se quitó el mojado fieltro gris, la bufanda y la gabardina, colocando las prendas meticulosamente en el perchero.

Avanzó hacia la gran sala, saludando a la reunión de rostros tensos que le miraban en silencio.

—Buenas noches. Soy el inspector Vital, y ruego que cada cual se coloque exactamente en el mismo lugar que ocupaba cuando se descubrió este desgraciado accidente.

Obedecieron todos con maquinal presteza. Vital examinó al individuo sentado. Las piernas rígidas, la contracción del rostro, la cabeza inclinada...

El forense habló en voz baja:

—No era ni precisa la sonda gástrica para ver que le habían administrado arsénico. Un estudiante de primer año habría visto que este hombre había muerto hacía muy poco, envenenado, con todos los síntomas del envenenamiento arsenical.

—¿Instantáneo?

—No puedo precisar. Según la dosis y la constitución... Pero, por lo que me han dicho, pudieron mediar unos minutos entre la injerencia y la defunción. Fui mirando los vasos, y apartó el que aún contenía el tóxico en el fondo, tenía una mancha de carmín de labios en el borde y pudo una de ellas beber primero, echar arsénico después, y ofrecerlo al interfecto. Pero no creo que precise usted enseñanzas en su oficio.

—Siempre se aprende. Disponga del cuerpo. Ya se lo comunicaré al juez. Llévese el vaso al gabinete de análisis, y envíeme al

despacho su informe.

Mientras los camilleros se llevaban al que fue Paúl Nuvion, examinaba Vital a los presentes. En una mesita se acodaba una joven pelirroja, sollozando nerviosamente, mientras un muchacho corpulento, agobiadísimo, procuraba, en vano, calmarla.

Al quedarse solo Vital con los nueve personajes, preguntó:

—¿Quién llamó al forense?

En pie, junto a Conchita, Michel Aymé, contestó:

—Yo fui. Me llamo Michel Aymé.

Se acercó Vital a la muchacha que ocupaba la silla inmediata a la que ocupó el muerto. Notábase que Margot Calvet hacía esfuerzos para dominar su excitación. Pero la voz suave de Vital y su aparente cortesía ejercían el efecto de un sedante.

—Usted, señorita, ocupaba este sitio, ¿no es verdad?

Asintió ella con La boca cerrada, en un gesto que balanceó los rizos castaños de su suelto cabello.

—¿Notó usted algo raro en Paúl Nuvion antes de morir?

Le miró ella con brillo de espanto en las pardas pupilas. Pero los ojos grises y lípidos de Vital eran bondadosos y amables, tras el delgado cristal de los lentes de oro.

—Sí, señor. Volvía de beber y se sentó a mí lado. Empezó a hacer muecas raras con los labios, se llevó la mano al estómago y trató de hablar... Me incliné sobre él y vi que se contraían sus pupilas y se retorció su cara, como si sufriera atrocemente, y se quedó rígido.

—Gracias. Su explicación es muy clara, señorita. Yo creo haberla visto antes.

Volvió ella a mirar dubitativa a Vital; no podía acabar de creer que aquel hombre fuera un inspector de policía. Se los había figurado distintos. Confusamente agradecida, replicó:

—Es posible, señor. Soy enfermera y practicante. Me llamó Marguerite Calvet.

La conversación inofensiva pareció reanimar a los demás. Desde su sitio exclamó Manuel Ortuño:

—¡Hombre, Vital, podía usted saludarme! ¿O es que me cree el asesino de Paúl Nuvion?

Nunca había brillado el murciano por su diplomacia.

—Ya le vi, señor Ortuño, pero las cosas a su tiempo. Además no

es preciso emplear palabras fuertes. Mientras no se demuestre lo contrario, Paúl Nuvion puede haberse suicidado en forma espectacular y maquiavélica.

—Gracias, inspector —intervino Preval—. Pero no es lógicamente posible, ya que Paúl no era hombre para suicidarse. Joven, sano, rico favorito de la vida... No, no pudo suicidarse.

—¡Yo digo lo mismo! —afirmó Gastón Mornay, decidido y con gesto duro en su rostro—. Entre nosotros hay uno que ha matado cochinemente a Paúl Nuvion.

—Bien —expuso Vital, al parecer con desagrado, como si le obligaran a efectuar actos contra su voluntad—. Ya que opinan así, les ruego me ayuden en todo lo posible. Usted mismo, señor Ortuño, explíqueme el objeto de esta reunión.

El exportador expuso los motivos y la razón por la que también él asistía.

—Es lástima que una fiesta tan simpática haya tenido un epílogo tan impropio —comentó Vital.

Algunos compañeros de cuerpo le reprochaban su afabilidad, pero la sensación de calma y confianza que infundía en los presuntos culpables era uno de los resortes que manejaba Vital. Prefería operar, según decía él mismo, sobre la base sólida del abandono confiado, a trabajar sobre el engañador ambiente de la angustia.

—Sólo quiero preguntar algunos detalles. ¿Puede alguien decirme lo que hizo Nuvion antes de sentarse al lado de Marguerite Calvet?

—Sí, señor. Estuvo sirviéndonos *cup* —dijo Michel Aymé.

—¿Y quién estaba junto a él?

—Pues... yo mismo. Yo... y creo que todos los demás, menos Margot, y Gastón, que charlaba con Lulú en su mesa.

—¿Es así? —preguntó, en circular ojeada, Vital.

Asintieron todos.

—¿Quieren hacerme un favor? Colóquense todos ustedes como estaban en aquel momento. Usted, señor Gastón Mornay, ocupe el sitio de Paúl Nuvion y haga más o menos lo que hizo él.

Obedecieron todos, y Gastón Mornay se colocó frente a la ponchera. Vital se sentó junto a Lulú, que, ya calmada, miraba al inspector con recelo.

Mornay, ayudado por las indicaciones de los demás, fue llenando los vasos. A su derecha estaba Preval, a su izquierda Julia. Al otro lado de la mesa, y enfrente, Ortuño, Adeline y Conchita, sostenían sus copas, mientras Michel Aymé, al extremo de la mesa, y teniendo a cada lado a Conchita y Julia, dirigía sus movimientos.

—Gastón, ahora vete a ofrecer las dos copas.

Obedeció Mornay, que se acercó a Vital, ofreciéndole con expresión alelada una copa y dando la otra a Lulú. Preguntó Vital.

—¿Y entonces qué sucedió, señor Aymé?

—Yo invité a Conchita a bailar. Me siguieron Line y el señor Preval. Julia y su padre se quedaron ahí, donde ahora están... —Y Michel Aymé lanzó una rápida mirada a los dos que acababa de nombrar, añadiendo apresurado—: Pero Nuvión creo que volvió antes de que salieran a bailar Line y el señor Preval.

—Sí; tan pronto como llegó nos fuimos —declaró Preval.

—¿Y entonces...? —La pregunta de Vital era dirigida a Ortuño.

—Volvió Nuvion con las dos copas vacías. Invitó a bailar a mi hija Julia, pero ésta le dijo que estaba fatigada. Entonces creo que fue cuando bebí, y fue a sentarse junto a Margot.

—¿No hubo personal de servicio?

—No —contestó Line—. Para dar más intimidad a la fiesta, mis amigas y yo nos pusimos de acuerdo para preparar una cena fría y dejarlo todo dispuesto.

—De acuerdo. Entonces todos ustedes emplearon constantemente el mismo vaso, ¿no?

—En las mesitas, sí. Había dos por persona. Pero aquí —y señaló Line la mesa de las poncheras— había tres docenas de vasos y cada cual cogía el que quería. Los limpios estaban boca abajo en la escurridera.

—Les agradezco a todos su amabilidad. Pueden retirarse a descansar, pero Les suplico que no se ausenten de París sin hacérmelo saber antes. Mañana durante todo el día, mejor dicho, hoy... me esperarán en sus respectivos domicilios, sin salir. Perdonen la molestia, pero les evito así la mayor de permanecer en Comisaría mientras cada uno fuera interrogado separadamente. Les ruego que todos me dejen su dirección. Y a las señoritas les suplico que me entreguen los lápices de labios.

Salió primero Preval entregando su tarjeta, en cuyo dorso

apuntó Vital la dirección de Marguerite Calvet y Louise Doriot, que vivían juntas. Se fueron en el coche de Preval.

Michel Aymé y Gastón Mornay entregaron también sus tarjetas, y en el dorso de la de Aymé anotó Vital la dirección de Adeline Duprez, que, a petición de Vital, le dio la llave del club. Los últimos en salir fueron Manuel Ortuño y sus dos hijas.

—¿Le llevo en mi coche, Vital?

—No; gracias, señor Ortuño. Prefiero volver a pie. Tengo que esclarecer pronto esto para evitarles molestias, y la llovizna me refrescará el seso.

Al quedarse solo contempló las cinco barritas de carmín que reposaban en una mesita. Estaban repartidas por él mismo, de modo que recordaban a sus dueñas, pero no queriendo abusar de su excelente memoria, apuntó en el dorso de la tarjeta de Preval:

«Lápiz tatuaje, Julia y Conchita Ortuño. Lápiz Firdrak, Margot Calvet. Lápiz Marlice, Line Duprez, Lápiz Tatuaje, estuche verde, Lulú Doriot».

Acudió a la cabina telefónica, junto al tocador. Rodó los números de la Comisaría, y dijo:

—Aquí, Vital. Enseguida, un «plantón» frente a las direcciones siguientes. Tome nota... —Y dictó las tarjetas y reversos. Continuó —: Plantones discretos, sin más cometido que seguir, si saliesen, a sus respectivos vigilados. Tres frente a la casa de Ortuño, dos frente a la de Margot Calvet y su prima, y uno en las demás. ¿Anotado todo? Bien; comunique al servicio telefónico que empalmen cuanto antes derivaciones en los teléfonos de todos los anotados, y tomen nota de cada palabra. Y, por último, que varios agentes recorran todas las farmacias y laboratorios copiando el libro de registro de salida de tóxicos, todas las adquisiciones de arsénico. Todos los informes, a mí despacho. Buena guardia.

Mientras que con parsimonia tomaba el fieltro y la gabardina, después de enrollarse la bufanda, pensaba que, pese a las apariencias, el asesino no era torpe. Aprovechó la ocasión de una reunión para difuminar su personalidad. Seguramente la búsqueda del comprador de arsénico sería infructuosa. No, no sería tan torpe como para haberlo adquirido legalmente:

En la calle, una densa neblina envolvió al inspector Vital, y la llovizna no le refrescó los sesos.

CAPÍTULO IV

VISITAS AMISTOSAS

Reconfortado por el sabroso desayuno que Nicole, su criada y ama de llaves, había preparado a la hora habitual, llegó el inspector a las ocho y media a su despacho. Sobre su mesa, un sobre cerrado contenía el informe forense, que al final decía:

«Demuestra la dosis ingerida que quien la suministró no lo hizo a ciegas, sino midiéndola científicamente y teniendo presente que, por hallarse el autopsiado en período digestivo y ser de robusta constitución, transcurrirían unos minutos entre la absorción del arsénico y la paralización total de los reflejos vitales».

Añadía una nota aparte:

«El análisis del carmín labial, algo difícil de precisar por la similitud de composición química de estos productos, revela sin embargo, que es el más aproximado a la elaboración del lápiz “Tatuaje”.

»Las huellas digitales en el vaso son varias entremezcladas. Sobresalen tres con mucha claridad. Adjuntas».

Tres pulgares en negro aparecían clasificados en una cartulina. La examinó Vital con escepticismo. Era ecuánime en sus juicios, y empleaba el procedimiento de imaginarse actuando como él criminal.

Pensaba que en el trasiego de copas era facilísimo verter el arsénico, y para ello ni siquiera era preciso tocar la copa. Tanto podía ser Ortuño, su hija Julia, Adeline Duprez...

Y detuvo su pensamiento. Éste le conducía al desanimador resultado de que cualquiera de los nueve podía ser.

Lo primero que necesitaba era un informe detallado de la personalidad de Paúl Nuvion. Consultó la guía telefónica, y llamó al domicilio particular. Una criada le comunicó que la madre y hermana de Nuvion, sus únicos familiares, estaban desde hacía una semana en su finca de Normandía.

Decidió entonces Vital dirigirse a la oficina que, como agente de Cambio y Bolso, tenía Nuvion instalada en el bulevar Haussman.

Al salir de ella quedaban confirmados dos puntos: nadie podía siquiera dedicar un solo instante de reflexión, sino que negaban rotundamente la posibilidad de un suicidio. Y Nuvion era un hombre rico, al frente de un negocio próspero y afortunado, cómo pudo comprobar por el estudio de los libros de balance.

Aproximándose a la residencia de los Ortuño se repitió Vital los indicios en contra del exportador y sus hijas. También él había tenido ocasión de verter él tóxico y más que ninguno, con mayor tranquilidad, puesto que se quedó solo junto a la mesa de las poncheras con Julia, la cual, como Lulú y Conchita, usaban carmín «Tatuaje». ¿Motivos? Cuando profundizase quizá aparecerían.

Al ir a cruzar el umbral, un paisano se le acercó y respetuosamente, en voz baja, pasando de largo, dijo:

—Sin novedad, señor. Mis dos compañeros en su sitio, y también sin novedad.

Se limitó Vital a asentir. La doncella que le abrió la puerta le conocía.

—¿Aviso al señor?

—No hace falta. Me está esperando.

Mientras colgaba en el perchero su abrigo y sombrero oyó, aunque lejana y amortiguada por los lujosos cortinones, la voz airada de Ortuño, cortada de vez en cuando por una vocecilla

aguda.

Se aproximó lentamente, escuchando.

—¡Estoy harto de tanto modernismo y tanta tontería, niña! —tronaba Ortuño—. Empezaré por revisar tus vestidos. Pago buenas facturas y tengo derecho a reclamarles a tus modistos que pongan tela por el precio que cobran, en vez de hacerte ir casi desnuda.

—¡Oh, papá! —protestaba Conchita.

—¡Ni papá ni popó! Si no hubiera sido por tus sandeces no estarías asociada a esta jaula de cotorras que es este club de niñas bugui. ¡A callar! Si fueras una chica con sentido común, ahora no estaríamos complicados en este jaleo.

Al persistir el silencio que siguió, Vital tosió dignamente, como persona discreta que no quiere sorprender ajenas conversaciones, y entró en el salón.

Julia ordenaba unos libros y Conchita volvía despectivamente la espalda al autor de sus días.

—Buenos días, señor Ortuño y señoritas.

—Hola, Vital. ¿Algo nuevo?

—Nada. Todo sigue igual que al principio. Pueden ya continuar haciendo su vida normal.

—Gracias. Yo iré a mis asuntos, pero éstas —y señaló con un dedo amenazador a sus dos hijas—, ¡éstas no salen de aquí, se lo prometo, hasta que usted no halle al asesino de Nuvion!

—Mejor será así. Considero superfluo decirles que para mí están ustedes tres totalmente fuera de toda sospecha. Conste que no habla el amigo, sino el inspector. O sea, que les he descartado desde un principio, y vengo en busca de ayuda. Me es muy preciosa su opinión sobre quién creen ustedes podía tener motivos para suprimir a Nuvion.

—A mí me fue presentado aquella noche —replicó Ortuño.

—Julia conocía muy bien a Paúl —dijo Conchita.

—Sí, lo conocía. Era un buen chico y por más que me esfuerzo no consigo adivinar ni quién ni por qué.

—Pero, en fin, ¿a quién juzgan más capaz?

—Por inteligencia y sangre fría a Jean Preval —dijo Julia.

Manuel Ortuño lanzó una furibunda mirada a su hija mayor.

—No debes emitir juicios temerarios, Julia. El hecho de que Preval sea inteligente no implica criminalidad.

—Estoy de acuerdo —afirmó Vital, conciliador—. Pero la señorita es sensata y seguramente basará su apreciación en algún indicio.

Denegó ella, y Vital insistió:

—La menor sugerencia puede serme útil aunque parezca insignificante y completamente ajena al hecho que nos ocupa.

—No puedo aportar el menor indicio. Fui imprudente al hablar sin base ninguna.

—Voy a proseguir mis visitas. Les ruego que repasen en su memoria los detalles de la velada y cualquier cosa que juzguen de utilidad para mí, espero me la harán saber.

Despidióse Vital, y en la calle avisó al plantón con un signo. Doblando la esquina se reunieron.



—Estoy desesperada, Jean. Soy capaz de cualquier barbaridad.

3 — ARSÉNICO

—Que se vayan los dos que vigilan a las señoritas. No saldrán. Bastará con usted para seguir a Manuel Ortuño, sin perderle de vista.

En el domicilio de Gastón Mornay fue introducido Vital en el despacho. Mientras esperaba jugó con un cortapapeles muy agudo: era un buen trabajo de orfebre, imitación acertada de los estiletes

florentinos.

También Mornay había obedecido al requerimiento de Vital: el plantón de facción había permanecido inactivo. Entró la corpulenta y fuerte personalidad de Gastón Mornay.

—Amigo Mornay, vengo en busca de ayuda. Francamente, usted ha sido el primero al que descarté totalmente de toda sospecha.

—Gracias.

—Considero muy preciosa para mí su opinión acerca de quién cree usted haya podido tener motivos para suprimir a Nuvion.

Frunció Mornay las tupidas cejas.

—Nuvion era un muchacho incapaz de crearse enemistades.

—Tengo entendido que flirteaba mucho. Entre las presentes en la cena-baile pudo haber alguna ofendida, alguna celosa... desdeñada...

—Los flirteos de Paúl eran los propios y normales de un soltero amable que no gustaba de complicarse la existencia.

—Entonces usted descarta la posibilidad de que sea alguna de ellas.

—¡Perdón, perdón! Yo no descarto a nadie, ni a mí mismo. La labor de dilucidar quién pudo ser el criminal es exclusivamente suya.

El aspecto de Mornay era el de un luchador poco inteligente, pero nunca admitió Vital el proverbio de que la cara es el espejo del alma. Conocía asesinos con cara de ángel, y honorables guardias con cara de asesino.

—¿Todo pasó tal como lo reconstruimos ayer?

—Exactamente.

—Al ofrecer Nuvion a Lulú y a usted las copas, ¿no pasó nada?

—Nada. Bebimos y él nos embromó a ella y a mí.

—¿Sí? ¿Qué dijo?

—Gustaba de repetir que yo era un hermoso bruto. Y por eso, refiriéndose a la pareja que formábamos Lulú y yo, dijo: «La bella y la bestia».

—Algo ofensivo, ¿no?

—La forma de decirlo no ofendía.

—¿Dijo algo más?

—Me parece que Lulú le dijo que quería adivinar sus pensamientos.

Vital suspiró, y sin embargo la frase que acababa de oír, y que nada le revelaba, era la clave completa del asunto. Pero esto sólo lo comprendería al final de su laboriosa y accidentada investigación.

—Bien; nada más, Mornay. No tengo la menor duda sobre usted. Puede salir y hacer su vida corriente. Adiós.

En la calle, Vital le susurró al plantón al pasar:

—Siga por todos los sitios a Mornay.

Marguerite y Louise vivían en una lujosa pensión de señoritas. Primas entre sí, Marguerite estudiaba en la Salpetriere, y Louise, por consentimiento paterno, confiados en la rectitud y sensatez de Marguerite, residía en París desde octubre hasta mayo, para en junio regresar a Angers, su ciudad natal.

Esto fue lo que averiguó Vital. Mentalmente tomó nota de que debía hacer indagar en Angers una posible adquisición de arsénico.

—No saben ustedes, no se pueden imaginar cuánto me fastidia este desdichado asunto, señoritas —se quejó, casi paternalmente, el taimado inspector—. Como es lógico, enseguida las descarté a las dos. ¿Cómo imaginar que unas preciosidades como ustedes sean capaces ni siquiera de proyectar un delito? Pero no hay duda de que tendrán ustedes una opinión formada sobre quién pudo ser...

—¡Yo digo que no puede ser más que Julia Ortuño, o Jean Preval! —exclamó nerviosamente Lulú Doriot.

—¡No debes decir estas cosas! Para lanzar una afirmación tan grave tienes que dar pruebas.

—No tengo pruebas, pero todo el mundo sabe que Julia creía que Paúl se casaría con ella.

Vital objetó con dulzura:

—Si todas las novias plantadas matasen a los perjurios, el mundo sería un vasto cementerio.

—Pero es que ¡Julia quería a Paúl como una loca rematada!

—La loca eres tú —dijo Margot con calma—. No haga usted caso de mí prima, inspector, que es una chiquilla.

—Unos cándidos ojos de niña ven más que unos aviejados y resabiados como los míos, aunque parezca paradoja. ¿Y Jean Preval?

—Él tuvo una pelea muy fuerte con Nuvion en el «Sveltin» por cuestión de faldas.

—¿Quién era ella?

—No se supo. Intervino Michel Aymé, y los dos se dieron las manos y lo olvidaron.

—Comprendido. Bien, pueden ustedes seguir haciendo la vida normal.

—Gracias —dijo Margot—. Pero si salimos no podremos evitar mil preguntas molestas que aquí podemos rehuir y, por lo tanto, hasta que no se termine la investigación aquí estaremos.

—¡Yo saldré! —declaró Louise.

—No saldrás —afirmó Margot fríamente—. Y si lo haces, escribiré a mis tíos para que vengan a buscarte inmediatamente.

Hizo la pelirroja un mohín de enfado, pero comprendió Vital que Margot había ganado, y que mutuamente vigilándose serían ellas dos más garantía que el propio plantón, y por eso, al salir, despidió a los dos agentes de servicio.

Michel Aymé no aportó ningún dato tampoco. No sabía quién era la mujer por cuya causa discutieron Nuvion y Preval.

—Me pareció notar que faltaban jugadores, ¿no?

—De ellas faltaron las que tienen novio celoso, y de nosotros faltaron los que tienen esposa. Y Ernest Duc, que estaba enfermo. Él podrá informarle a fondo acerca de Nuvion porque desde chiquillos fueron amigos.

Anotó Vital la dirección de Ernest Duc y no relevó el plantón.

Adeline Duprez vivía sola con una criada de edad, en un piso reducido, pero amueblado con excelente gusto. Hacía ya años que residía en París, procedente de una región nortea.

Respondió muy lacónicamente. Sólo dijo de interés:

—Jean Preval es muy inteligente, y esto es obra de una persona sinuosamente inteligente.

Al salir tampoco relevó al plantón.

Consultó su reloj, que marcaba las once y media. Calculó que antes de comer aun le quedaba tiempo de obtener información sobre Nuvion de su íntimo amigo Ernest Duc.

Fue introducido en una alcoba donde un joven yacía postrado en cama con el rostro congestionado. El cuarto olía a hospital. Sobre las dos mesitas, aspirinas, febrífugos, frasquitos, y un termómetro...

Al presentarse Vital y anunciarle la muerte de Nuvion, percibió que una densa palidez invadía el rostro de Duc, el cual tardó un largo rato en normalizarse.

—De los que asistieron, nadie podía tener motivos para matar a Paúl —contestó con voz sofocada a la pregunta del inspector.

—Me han citado como sospechoso a Jean Preval.

—¡Absurdo! Preval es un caballero incapaz de nada delictivo.

—Tengo entendido que usted era antiguo amigo de Nuvion.

—Nos criamos juntos —y contrayendo el rostro volvió Duc la espalda a Vital, que respetó unos instantes su pena.

—¿Grave su dolencia?

—Un sencillo catarro gripal, pero fuerte... ¡Pobre Paúl! Estudiamos juntos él y yo. Terminamos la carrera de Derecho en la Universidad de Ruan. Pero él no ejercía. Al morir su padre heredó una fortuna y montó una agencia de bolsista con la que en pocos años logró grandes beneficios. Era un hombre rico y supo triunfar.

—¿Sabe usted si hizo testamento?

—Lo deja todo a su madre y hermana.

—¿Ha oído hablar de sus amoríos con Julia Ortuño?

—Julia Ortuño fue la novia de Paúl hace siete años, en Burdeos. Iban a casarse... pero Paúl era de los que no se casan.

Se despidió Vital.

En la calle fue tratando de recordar qué era lo productivo que había sacado de sus visitas. La repetición del nombre de Preval... Y la última alusión de Ernest Duc:

«Hace siete años... Iban a casarse, pero Paúl no era de los que se casan».

Meditó Vital en la «sangre española», pero tampoco él llevaba bombín ni era rubio. Siete años era mucha espera para una enamorada que quiere vengar un engaño...

Borró de su mente todo lo referente a sospechas. Quería pensar tan sólo en el próximo acto, muy importante: comer.

CAPÍTULO V

UN GALANTE PARISIENSE

Jacques Dumont, ayuda de cámara de Jean Preval, golpeó discretamente en la puerta de la alcoba. Una voz soñolienta autorizó:

—Pasa.

Jacques, con expertos y silenciosos ademanes, depositó la bandeja en una mesita de cámara. Se acercó al ventanal que daba al jardín posterior del chalet y descorrió las cortinas.

—¿Qué hora es, Jacques?

—La una en punto, señor. Hace un día desagradable.

Sentado en la cama, Jean Preval sonrió sarcástico.

—¿Desagradable? No lo sabes tú bien. Esta tarde espero visita. Puedes disponer de tu tarde. No te necesito hasta la cena.

—Gracias, señor. ¿Le sirvo al señor?

—No tengo apetito. Llévate el servicio y déjame sobre la mesa del comedor un ponche y una macedonia de frutas.

—¿Nada más, señor?

—Ya puedes irte.

Cuando se hubo bañado y dio cuenta del frugal pero vitamínico almuerzo, Jean Preval, envuelto en largo batín y calzado con babuchas marroquíes, pasó al despacho.

Se acomodó en un sillón tras la amplia mesa. No le disgustaba la muerte de Nuvion. Con habilidad podría sacar partido del asunto.

Absorto en la deleitosa meditación de planes futuros no notó que por el corredor se acercaba una silueta femenina. Sólo la vio cuando ya estaba en el despacho...

Se endureció el semblante del habitualmente afable Preval.

—¿Tú? Bienvenida a mí modesto hogar que se honra en verte por vez primera. ¿Cómo has entrado?

—¿Puedo sentarme? —Y uniendo la acción a la pregunta, la mujer que acababa de entrar se sentó junto a Preval.

—Perdona mi incorrección. La sorpresa de verte ha sido tan grande que olvidé mi innata galantería, en este caso elemental cortesía.

—Menos palabras vanas. Usted sabe que le odio.

—No creo que hayas venido aquí para soltarme frases de melodrama. Repito: ¿por dónde has entrado?

—Le quité la llave a una de sus pobres conquistas. He venido, sencillamente, para aclarar dos puntos: como que por lo que pasó en Ruan podría usted confundirse, le hago constar que Paúl Nuvion no fue nunca novio mío.

—Bien, bien... Respetuosamente te haré constar que eso no me importa ni interesa en lo más mínimo. Ruan está muy lejos, perdido entre la bruma de un pasado que no ha de volver. ¿Por qué has deseado aclarar este punto?

—Para evitar que usted, perversamente, pudiera molestarme mezclándome en lo ocurrido ayer noche.

Rió suavemente Preval.

—Tienes muy mal concepto de mí, querida.

—Desgraciadamente tengo poderosas razones para saber la clase de mal sujeto que es usted. El segundo punto que quiero aclarar es saber si está usted dispuesto a ayudarme, para que cuanto antes se ponga en claro quién mató a Nuvion.

Volvió Preval a reír como si se divertiera mucho, pero sus ojos desmentían su hilaridad.

—Siempre he admirado la soberbia libertad con la que las mujeres habláis a vuestro antojo. Vienes aquí a imponerme tu poco grata presencia, me ofendes, y luego, con la sublime falta de lógica que os caracteriza, me pides que colabore en algo que no me incumbe.

Se levantó ella.

—Usted sigue siendo el de siempre.

—Que yo sepa siempre he sido el mismo.

Jean Preval aspiró el aroma que desprendía su visitante, y dijo:

—Acéptame un consejo. Los consejos nunca hacen daño. Basta con no seguirlos. Reconocerás que soy perito en perfumes femeninos. Y gratuitamente te aconsejo que no uses «número 5» de Chanel. No le sienta a tu género de belleza.

—Gracias por el consejo. Estaría usted muy adecuado tras el mostrador de una perfumería si no fuera tan venenoso. Lamento haber perdido el tiempo. Adiós.

—Adiós. Y devuelve la llave a quien te la dio. Me molestaría volverte a ver por aquí.

—No tema. He sido tonta hoy, pero resbalando se aprende a no volver a caer. Adiós.

Salió ella. Y al quedarse solo, Preval se sonrió desagradablemente. Si existía la más mínima posibilidad de que ella hubiese intervenido en la muerte de Nuvion, ya procuraría él añadir a su lista «especial» a la rencorosa y adusta muchacha.

Miró su reloj, comprobando que sólo eran las dos y veinte. Seguramente aun tardaría el inspector. Se encontraba cansado y se arrellanó más cómodamente. Ya oiría el timbre. Poco después se abandonaba a una grata somnolencia.

—Buenas tardes, Jean.

Se sobresaltó el interpelado, pero la colérica mirada se dulcificó al ver quién era la persona causante de su brusco despertar.

—Pequeña, ¿cómo se te ha ocurrido venir esta tarde? Sabes que me encanta verte, pero esta tarde ha de venir el inspector... Por cierto, ¿cómo estás aquí? ¿Fue ya el inspector a tu casa?

—Sí. Y por esto he venido, Jean, aprovechando que ya estuvo allí. Vengo a suplicarte que seas bueno conmigo.

—Tú sabes que yo soy tu rendido esclavo —dijo él irónicamente.

—Estoy desesperada, Jean. Soy capaz de cualquier barbaridad.

—Siéntate, preciosa, y no digas tonterías. En definitiva, ¿qué es lo que quieres? Procuraré complacerte.

—Rompe de ante mío las fotografías y los clichés que sabes. Podían registrar tu chalet y si encontrarán...

—No hay peligro. Soy hombre intachable, y mi casa está a salvo de registros poco honorables.

—¡Te denunciaré! ¡Te...!

—Calma, querida, calma. No conseguirás nada con alborotarte. Te pones así muy preciosa y constituyes una tentación que debo

forzosamente dominar, pues de un momento a otro puede llegar Vital.

—Pero ¿no te da igual que te firme un recibo por la cantidad que quieras?

—No me corre ninguna prisa. Ya te he dicho otras veces que esperaré con paciencia hasta que te cases... y entonces ya me pagarás.

—Pero ¿no comprendes que así no puedo vivir tranquila? Y más ahora que la muerte de Paúl puede complicar a... —e impulsivamente, con su propia mano, ella se cubrió la boca.

—¿Qué ibas a decir, chiquilla? —sonrió Preval—. Ahora, si yo fuese un malvado chantajista podría interpretar tu gesto como delator de que tú...

La muchacha, en pie frente a él, tenía en sus grandes ojos negros una expresión de pavor. Juguetó Preval con el teléfono que encima de su mesa estaba.

—Sería curioso —musitó—, muy curioso, llamar a tu...

Descolgó el teléfono y se acercó el auricular al oído.

—¿Qué vas a hacer? —exclamó ella, mirando los números que él iba marcando.

Su rostro, casi junto al de Preval, delató un inmenso terror...

La mano de Preval se crispó en la empuñadura del teléfono, mientras una expresión de infinito asombro, casi estúpido, entreabría su boca... Nunca hubiera supuesto «eso» de aquella muñeca...

Una sorpresa final, mortalmente definitiva.

Fuera, el timbre de la puerta repiqueteó incesantemente.

Al llegar a su piso, Vital fue acogido en el comedor por un incitante aroma que salía de la cocina.

Al traer el primer plato informó Nicole, el ama de llaves:

—Ha telefonado el agente Santos. Dice que por ahora no hay novedad en las listas comprobadas de adquisiciones de arsénico.

—Me maravilla lo depurado de tu léxico, Nicole.

—No hago más que repetir lo oído, señor.

—Feliz memoria —y siguió deleitándose con el sabor de unas setas a la bordelesa—. Nico, está sabrosísimo. No dejaré ni una pizca.

Y variando bruscamente el tema, al que ella estaba harto

acostumbrada, preguntó:

—¿Crees posible que un padre espere que pasen varios años para vengarse del hombre que sedujo a su hija?

—Si era un hombre normal lo habría matado en el acto de saberlo, caso de negarse al matrimonio.

—Divina musa del buen sentido cocinero... que es muy distinta al engañador sentido común.

Sonó el timbre y Nicole fue a abrir. Manuel Ortuño apareció.

—Se extrañará de que haya venido, Vital, pese a nuestra antigua amistad. Nunca había pisado su nido de solterón.

—Honrado con su presencia, y celebro mucho verle. ¿Café?

—Acepto encantado.

Nicole se fue diligente a la cocina.

—¿Su ama de llaves?

—No, no. Es mi ama de gobierno.

—No deja de ser idéntico.

—Media un abismo. Llaves no tengo más que la de la puerta. En cambio, necesito mucho que me gobiernen. Y ninguna como Nico para esto. Aquí dentro dejo de pensar; ella lo hace por mí. Adivina sin que se lo digan cuándo me apetece oír la radio, cuándo la ventana está demasiado abierta... Es una perla.

—Y una lozana muchacha de muy buen ver.

—¿Usted cree? —se extrañó Vital. Para él, Nicole era, sencillamente, un instrumento más para su confort. Un instrumento que fabricaba excelentes comidas.

Abordó Ortuño el motivo de su visita.

—Me olvidé de decirle algo muy importante. Hace años que Paúl Nuvion fue novio de Julia. Ocurrió en Burdeos, antes de que mis negocios me trajeran a París. El olvidó su promesa matrimonial.

—Ah, ¿pero existía promesa de matrimonio?

—Nuvion se presentó en mi casa como novio formal de Julia.

—Seguramente estará usted confundido. ¿No me dijo usted que Nuvion le fue presentado por vez primera la noche del crimen?

—Temía que si se lo explicaba, le diera usted una torcida interpretación. Que se figurara usted que Julia y yo habíamos matado a Nuvión. Y quiero que quede bien claramente sentado que entre mi hija y él lo único reprochable que hubo fue su marcha sin la menor explicación.

—Tuvo que decírmelo desde un principio. Esta tardía aclaración podría, precisamente ahora, despertar mis recelos.

—Créame o no, Vital, ni yo ni Julia tuvimos nada que ver con la muerte de Nuvion.

—Así lo espero —y, solícito, añadió—. Se le enfría el café.

—No; gracias. Me voy. Yo sé que ya no existirá en nuestras relaciones la naturalidad de antes hasta que no encuentre al asesino.

Cuando Ortuño se hubo marchado, jugó Vital maquinalmente con la cucharilla, y fue trazando con ella un apellido sobre el albo mantel. Y le molestó la persistencia con la que por tres veces había escrito: «Ortuño».

Era muy lógica la explicación que acababa de darle Ortuño. Pero no era un secreto la antigua relación entre Julia y Nuvion. Lo sabía Lulú Doriot, la cual no era de la clase discreta... Era, pues, verosímil que Lulú Doriot lo propagase, convirtiéndolo en el secreto del polichinela.

Por lo tanto, el envenenador de Nuvion jugó con un triunfo más a su favor: la aparente posibilidad de la venganza de Julia o Manuel Ortuño.

Mientras Nicole le ayudaba a ponerse la gabardina, murmuró:

—A veces es ingrato ser policía. ¿Qué opinas, Nico?

—Lo que diga el señor.

Una réplica que no reconfortó a Vital.

En la calle consultó la tarjeta de Preval: «Bulevar d'Indochine, Villa Monrepos, XIX». Por lo tanto tenía que ir al distrito XIX. «Monrepos» daba idea de uno de esos minúsculos y lujosos chalets que permiten a sus dueños vivir en una gran capital sin tener que sufrir los inconvenientes de la aglomeración en colmenas humanas, ni el bullicio.

Vital contempló con ojos de envidia la perfecta situación de «Monrepos», un edificio casi oculto entre tupida arboleda, de una sola planta, cuyo techo rojizo sobresalía ligeramente entre las glicinas y yedras que trepaban por los muros.

Al acercarse a la entreabierta verja que daba acceso al jardín de entrada, el plantón encargado de ser la «sombra» de Preval le salió al encuentro.

—No hay novedad, inspector. Nadie ha salido ni ha entrado.

Empujó Vital la verja, y tras recorrer la breve alameda que conducía a la puerta, tocó el timbre. Sus insistentes llamadas resultaron infructuosas, y Vital optó por emplear la ilegalidad: entró por una ventana abierta.

Cinco minutos después el inspector Víctor Vital se aproximaba al agente de plantón, que examinó su conciencia, porque veía que el rostro de Vital era el «feroz».

—¿Conque no hay novedad, eh, amigo? —Gruñó Vital.

—Ninguna, inspector.

—¿Se ha dormido, es usted ciego, o tengo que detenerle por cómplice?

—¡Le juro que no me he movido de aquí, y...!

—Ya aclararemos esto luego. Vaya al teléfono más próximo; el del chalet no funciona. El forense y una ambulancia, aquí a cien por hora.

Aturullado, obedeció el agente, y Vital volvió a entrar de nuevo, deteniéndose en el centro de la estancia-despacho de Preval.

Un perfume, agradable, sutil, que no le era desconocido, flotaba en el espacio. Sentado en un confortable sillón, Preval, envuelto en un magnífico kimono de seda negra, acolchado de lana blanca en su interior, parecía estar esperando una visita íntima.

Un puntito negro de sangre coagulada en medio de una mancha roja adornaba la parte izquierda de su pecho, explicando el por qué Jean Preval ya no podría ser interrogado.

La muerte tenía que haber ocurrido poco antes de su llegada, pensó Vital, ya que bajo el kimono el desnudo cuerpo estaba tibio.

Y no era un perfume masculino, ni usado por Preval el que tenuemente pero con fragancia alentaba en el despacho.

La muerte debió de ser instantánea, porque no había señales de lucha ni desorden.

El rostro de Preval presentaba el labio inferior caído en mueca de infinito asombro, pero en cambio, era naturalísima su posición sentada.

La única anormalidad, aparte la roseta de sangre, era el teléfono en su mano izquierda. Un teléfono que de poca utilidad pudo serle, ya que tenía el hilo cortado. Corte que tuvo que preceder a la primera llamada, puesto que el mecánico a cargo de la derivación no dio al plantón novedad alguna.

Lo mataron cuando iba a telefonear, y el asesino era alguien muy familiar de Preval... Ésta fue la deducción del inspector.

CAPÍTULO VI

EL ESTILETE JUSTICIERO

Al lado del despacho y por la entreabierta puerta, se veía una habitación-estudio: un amplio diván, dos sillones, una mesita diminuta, profusión de almohadones, acuarelas...

Vital apoyó el índice en una hilera de botones que estaba junto al respaldo del diván. Según el botón que se pulsaba, distinto era el color de luz que se encendía: verde, amarilla, roja, azul...

Siguió Vital la inspección, y cuando volvía al despacho se detuvo en el pasillo. Algo le chocaba y no podía precisar de qué se trataba.

El estudio era contiguo en línea recta con una alcoba, y sin embargo le parecía que estudio y alcoba eran demasiado reducidos para la extensión que ocupaban proporcionalmente al pasillo.

Volvió al estudio y tras un tapiz vio una puerta que empujó, con lo cual tuvo ya la explicación de la desproporción arquitectónica que le había intrigado.

La puertecita del estudio comunicaba a través de un pasillo interior de dos metros, con otra puerta que daba a la alcoba. En este pasillo, interior y oscuro, reflexionó Vital que sólo en la Edad Media se construían muros de dos metros de espesor...

Golpeó la pared, y sonaba a hueca: halló en la alcoba la entrada al tabique vacío, y se encontró dentro de un cuartito con todo el aspecto de un gabinete fotográfico.

Sobre la única mesa, unas probetas, iluminadas por una bombilla roja, rodeaban un aparato ampliador.

Abrió los cajones. Contenían dos cajitas repletas de fotografías y de sobres. Todo ello lo distribuyó Vital por sus bolsillos, y después

atendió al extraño aparato que vio al entrar.

Sobre un trípode se erguía una cámara *Pathé-Baby* provista de una manivela eléctrica que podía funcionar cuando alguien desde otro lugar de la casa pulsando un botón conectara la corriente.

Descargó la película que contenía, la cual fue a hacer compañía en sus bolsillos a fotografías, clichés y sobres.

Sustituyó el ojo de la cámara por su vista, y entonces vio con claridad el interior del estudio; lo que más directamente enfocaba era el diván.

Entró de nuevo en el estudio, y miró el sitio correspondiente al objetivo de la cámara.

Una amplia pantalla empotrada en la pared y compuesta de cristales transparentes, de varios colores combinados, hizo comprender a Vital que nadie podía darse cuenta de estar bajo el lente de una cámara que se ponía en funcionamiento al pulsar Preval un botón, en el tablero de luces, encima del respaldo del diván.

Oyó resonar unos pasos en la grava, seguidos de unos golpes en la puerta. Era el forense.

—Un individuo asesinado, doctor. Creo que es herida de arma blanca, aunque también podría ser un balazo.

—¡Caramba! Pues no es lo mismo, inspector.

—No hay arma. Sólo en el pecho un agujero redondo, con sangre coagulada.

Al terminar el médico su inspección, su primer comentario no fue de índole forense.

—Extraña indumentaria. Estaría influenciado por películas orientales. Este hombre no lleva ni una hora muerto. Herida incisiva profunda en el séptimo espacio intercostal. Hemorragia interna. Una puñalada preciosa y precisa.

—No hay sangre derramada salvo el cerco.

—La rápida extracción del arma sólo produjo al exterior este callo sanguíneo. El arma, a juzgar por la profundidad de la herida, tuvo que ser agudamente larga.

—Puede llevarse su cliente. Pasaré a recoger el informe de autopsia.

Cuando hubo desaparecido la macabra procesión de camilleros y el doctor, sentóse Vital en el sillón, aun cálido. Necesitaba estar un

rato solas para reunir sus dispares reflexiones.

La muerte de Preval complicaba un asunto que de por sí no tenía claridad. Fallaba el vulgar aforismo: «Busca a quién beneficia».

De pronto cesó de reflexionar. Unos pasos cautelosos y amortiguados se acercaban...

Apareció un individuo desconocido, vestido de negro, que, demudado, inquirió:

—¿Qué hace usted aquí? ¿Quién es usted?

Constituye una curiosa sorpresa para un inspector de policía el verse interpelado e interrogado.

—Esto le digo yo, amigo. ¿Quién es usted? —Y apoyó su pregunta dando vuelta a su solapa.

La placa hizo que el visitante se hiciera humilde y servicial.

—Soy el ayuda de cámara del señor Preval.

—¿Dónde estaba usted metido?

—En el café «Pétion». Vi detenerse una ambulancia en la puerta y he venido corriendo.

Mentía, o más que nunca, se confirmaba Vital en su opinión de que el plantón estaba ciego.

—Vayamos por partes. He estado yo frente a la puerta todo el día y no le he visto salir.

—Yo salgo y entro por la puertecita del jardín posterior.

Silbó entre dientes Vital.

—Sólo usted entrará y saldrá por esta puerta, ¿no?

Pareció indeciso el criado.

—Hable claro. Mis sospechas recaen sobre usted por el asesinato de Jean Preval.

—¡Dios mío! Yo, señor... ¡yo!... ¡Es un crimen sospechar de mí! —exclamó indignado, atragantándose.

—Aquí no hay más crimen que el cometido en Preval, y usted es el único que pudo tener razones para matarle.

Vio Vital que las potencias físicas del criado luchaban durante unos instantes entre desvanecerse o enfurecerse hasta el paroxismo.

—La única forma de desvanecer mis sospechas es explicarme con todo detalle sus pasos desde esta madrugada. Y todo será comprobado. A la primera renuncia se pudre usted en presidio.

—Fui al «Pétion» a buscar esta mañana, como siempre, el desayuno.

—¿Dónde durmió usted?

—En un cuarto que hay al final del jardín posterior, junto a la puerta.

—¿Cuánto tiempo lleva al servicio de Preval?

—Dos años. Me llamo Jacques Dumont. El señor estaba abonado al «Pétion». Al traerle el desayuno me dijo que no saldría en todo el día. Por la mañana limpié la casa, y luego arreglé el jardín. Al mediodía, después de comer, mientras en mi cuarto me arreglaba entró en el jardín una señorita.

—¿Por dónde?

—Por la puerta posterior.

—Por lo visto la puerta delantera está de adorno. ¿Y le abrió usted a la señorita?

—No, señor. Son varias las señoritas que tienen llavín de la puerta posterior.

—¿Las conoce?

—No, señor. Cuando contrató el señor mis servicios me dijo que lo principal que pedía en un criado era discreción, mutismo y ceguera.

—A él le resultaba útil un inválido, pero a mí no. Hable y diga lo que ha visto.

—Venían con frecuencia señoritas, pero nada sé de ellas.

—La de esta tarde era una de las asiduas, ¿no?

—No, señor. Era la primera vez que la veía.

—¡Vaya, hombre, miren que casualidad!

—Se lo juro, señor.

—Déjese de juramentos. ¿Dónde ha estado usted esta tarde?

—Tan pronto como entró la señorita rubia fui a devolver el servicio al «Pétion», y como todas las tardes en que no me daba el señor contraorden, estuve jugando al billar con tres amigos, los de siempre.

—¿De qué hora a qué hora?

—La señorita llegó hacia las dos, y a esta hora fui al «Pétion», de donde no me he movido hasta ahora.

—Vamos a comprobar esto del billar. Pase delante, Dumont.

Al agente estacionado frente a la puerta, y en cuya cara se leía una temerosa perplejidad, lo tranquilizó Vital:

—No tiene la culpa de lo ocurrido. En esta casa todo el mundo

entra por dónde no debe entrar.

En el «Pétion», gerente, camareros y concurrentes, afirmaron que Jacques Dumont estuvo en el local desde las dos hasta las cinco menos cuarto.

Recordó Vital que, según el forense, la muerte de Preval no se remontaba más allá de una hora al descubrimiento del cadáver. Y él había entrado en el despacho de Preval a las cuatro y diez.

—Describame la señorita que vio. Con todo detalle.

—Era de mí estatura, rubia, con cabello a lo paje, ojos azules, duros. Un traje sastre gris. Andaba muy decidida.

El oído atento de Vital al escuchar el «retrato» tuvo una extraña asociación con su olfato. El perfume que al entrar en el despacho le había chocado como impropio de un hombre, ya sabía ahora dónde lo había aspirado antes.

—Si la volviera a ver, la reconocería, ¿verdad?

—Sí, señor; sin vacilar.

No quería Vital ilusionarse, pero se alegró cuando el agente apostado frente al domicilio de Adeline Duprez le informó que ella había salido a las doce. Que a las doce y quince estaba en el «Savoy» con un individuo, y que a la una y media se fue hacia el XIX, bulevar de Indochina, entrando por una puertecita en un jardín posterior de un chalet, de donde había vuelto a salir, regresando de nuevo al «Savoy», donde se había entrevistado de nuevo con el mismo individuo.

—Bien. De momento lleve esta película al laboratorio de la Central. Que la revelen y manden las copias a mí casa. Luego regrese usted aquí.

Pletórico de euforia, cuando Vital penetró en el salón donde esperaba Adelina Duprez, no le cogió de sorpresa la rotunda respuesta de Jacques Dumont.

—Sí, inspector. Ésta es la señorita.

—Bien, Dumont. Vaya al comedor.

Adelina Duprez examinó interrogativamente al inspector.

—Algunas preguntas relacionadas con sus amistades. ¿Ha salido usted hoy?

—Fui al «Savoy», donde supuse que encontraría a Michel Aymé.

—¿Asuntos de negocios de una activa mujer moderna?

—Este señor que ha venido con usted ¿es agente?

—Pregunto yo, si no le importa demasiado. ¿Para que vio a Aymé?

—Quería verle, porque tanto él como yo, queremos poner en claro y aportar cuantos datos podamos sobre quién mató a Nuvion.

—Me enternece su ayuda. ¿Qué hizo después?

—Fui a dar un corto paseo y regresé al «Savoy».

—¿Qué carácter doy a su informe? ¿Particular? ¿Informe hecho a un policía?

—No le entiendo.

—A veces soy muy confuso en mis frases. —Y sin transición de tono, con los mismos modales corteses añadió—: No sabe cuánto lamento detenerla por el asesinato de Jean Preval.

El cigarrillo que ella se disponía, a encender cayó de su boca.

—Cuando... yo salí del chalet, él estaba vivo... —musitó roncamente.

—No me dijo antes que estuvo usted allí.

—¿Han asesinado... a Preval?

—Nadie lo sabe mejor que usted misma. En Comisaría ampliará.

—Como usted quiera.

No era la actitud de ella la del delincuente convicto, sino una fatalista aceptación de un hecho incomprensible.

—Antes le mentí, inspector, pero ignoraba. Ahora le diré lo mismo que he de decir en todas las comisarías del mundo entero, puesto que es la única verdad. Me entrevisté con Aymé porque sabía que él sospechaba de mí. Cuando Preval y Nuvion pelearon fue porque Preval me insultó. Michel lo sabía.

—Se me ocultan muchas cosas... Siga.

—Nuvion se extrañó al oír que Preval me tuteaba, y decía que no quería verme en París, y al reprochárselo Nuvion, dijo Preval que yo no merecía estar junto a gente decente como ellos.

—¿Qué relaciones tenía usted con Preval?

—Jean Preval era mi tío. Al quedar yo huérfana, Jean Preval, hermano de mi madre, vino a encargarse de mí tutoría en Ruan. Era hombre independiente, y el ambiente provinciano le oprimía. Estaba con más frecuencia en París que en Ruan... Yo me enamoré como solo nos enamoramos a los dieciocho años. Mi tío se oponía al matrimonio. Para conseguir su autorización le engañé diciéndole que había ocurrido algo irreparable... En vez de acceder me mandó

a un convento.

—Pero al verse en el convento, usted rectificaría la mentira.

—Pero ya no le interesaba creerme. Le era más cómodo para su egoísmo dejar de ocuparse de mí. A los veintiún años cumplidos me entregó el dinero que me pertenecía y las cuentas de su administración, por intermedio de un notario.

—¿Y su novio?

—No luchó. Yo le amaba más que él a mí. Cuando volví a verle, porque vine a París en su busca, temió tener que cargar con una esposa sin dote. Era muy ambicioso... y yo tengo mi amor propio. Ya lo he olvidado.

—Era Nuvion, ¿verdad?

—Era Ernest Duc.

Cada vez que veía el cielo abierto, una neblina densa ocultaba la claridad de la perspectiva y solución a Vital.

—Bien. Reconocido lo justo de sus motivos, creo que habrá atenuantes para la pena que le impongan por el asesinato.

—Confío en su inteligencia, inspector. Yo no he matado a mi tío.

—Fue a verle, ¿para qué?

—Para aclarar un error. Nuvion y Ernest Duc estudiaron juntos en Ruan. Mi tío me vio algunas veces con ambos, y temí que pudiera creer que Nuvion era mi novio, y que yo le había envenenado por venganza.

Llamaron a la puerta. Era el agente enviado al laboratorio.

—Entregué la película, inspector. Esta noche llevarán a su casa las copias y clichés. El forense me dio este informe.

Le entregó un sobre cerrado. Antes de abrirlo inquirió Vital:

—¿A qué hora estuvo usted con Preval, señorita?

—A las dos entré.

—Tenía la llave, por supuesto.

—No, yo no. Lulú Doriot, que es una chiquilla sin seso, había sucumbido a las malas artes de mi tío, y éste le había dado una llave. Ella me lo confesó y yo le aconsejé que dejara de relacionarse con él y me entregase la llave.

—¿A qué hora salió usted?

—A las dos y veinte.

Interrogó Vital con la mirada al agente. Éste sacó una libreta, leyó y dio una cabezada de aprobación. Coincidió el horario.

Entonces abrió Vital el informe forense, y leyó el párrafo referente a horario:

«A las 4 y 18 descubrió el inspector Vital el cadáver. La muerte tuvo lugar entre las 3,30 y las 4,18».

—Mis excusas, señorita. No pudo usted materialmente matar a Jean Preval.

—Ya se lo afirmé, y al igual le digo que no me apena su muerte.

—No la importuno más. Hasta la vista, señorita Duprez.

Ella se marchó, y Vital leyó en el informe forense:

«Herida incisiva profunda, trayectoria intercostal, instrumento de escasa anchura comprobada por el desgarrar de tejidos al retroceso y salida, causando muerte instantánea por derrame interno producido por la perforación del ventrículo izquierdo. Instrumento letal es, con toda probabilidad, una hoja de acero lisa en forma de estilete».

Recordó Vital que aquella misma mañana había visto un cortapapeles sobre un despacho, un cortapapeles que le había sugerido la línea de un estilete florentino.

Se dirigió Vital al domicilio de Gastón Mornay y le satisfizo comprobar que estaba ausente el plantón, lo cual demostraba que Mornay había salido. Abrió la puerta una muchacha.

—Soy el inspector Vital. Esta mañana visité al señor Mornay y en su despacho me dejé olvidado el estuche de mis gafas.

—Mi hermano no está en casa, pero... pase usted mismo al despacho.

Cubrió la trayectoria visual de la muchacha la amplia espalda de Vital, que simuló buscar por encima de la mesa. Con la mano izquierda sacó del bolsillo el estuche, y con la derecha cogió el cortapapeles en forma de estilete y lo ocultó bajo su abrigo. Se volvió mostrando el estuche.

—Gracias, señorita. Ya lo encontré.

De nuevo en la calle, llegó al depósito judicial y dio los informes para el atestado. Al forense le entregó el cortapapeles.

—¿Quiere comprobar si esto pudo servir para matar a Preval?

Minutos después regresaba el forense secando cuidadosamente el cortapapeles.

—No sólo pudo servir, sino que sin temor a que me desmienta nadie afirmo que ésta es el arma que mató a Preval.

La pensión de Margot y Louise estaba cerca. Aprovechó Vital la ocasión para ver si obtenía algún dato preliminar a la detención de Gastón Mornay. Contaba para ello con la lengua viborina de Louise.

Introducido en la antesala de las habitaciones de las dos muchachas encontró a Margot Calvet.

—Buenas tardes, Margot. ¿Y su prima?

—Está en su cuarto. Seguramente incubando la rabieta de no poder salir.

Pero Vital no escuchaba... Contemplaba absorto, junto al libro que ella acababa de dejar sobre la mesa, un cortapapeles exactamente igual al que llevaba en su bolsillo. Un estilete florentino.

Sintió que le empezaba a doler la cabeza...

—¿Ha salido usted esta tarde?

—Tengo que predicar con el ejemplo, señor inspector. Si yo saliera, Lulú aprovecharía la ocasión para hacer lo mismo.

—Es bonito este abrelibros.

—Sí. Nos mandaron dos iguales: uno para Lulú y otro para mí.

—Ah, ¿con que Lulú tiene otro idéntico?

Asintió ella y Vital notó que se le acrecentaba la jaqueca.

—¿Quién los envió?

—Esto es lo curioso. Lo recibimos cada una en un paquetito con nuestro nombre respectivo, pero sin que nada pudiera aclarar lo extraño del envío. Un donante anónimo —terminó ella sonriendo.

—¿Cuándo los recibieron?

—Ayer por la tarde.

En la calle, el aire húmedo que ascendía del Sena oreó la frente de Vital, que se maldecía por no haber dejado el plantón de vigilancia en su cometido frente a la pensión.

Entró en una farmacia y adquirió «Veramon».

Cuando regresaba a su domicilio para cenar, ya había tomado tres comprimidos. Michel Aymé, Margot y Louise, Julia y Conchita, y Adelina Duprez, al igual que Gastón Mornay, los siete poseían cada uno un estilete.

Siete estiletes, pero uno solo hirió... Los siete ignoraban quién era el autor de los envíos.

Y el plantón que vigilaba a Mornay afirmó que éste estuvo tomando café en el «Oriental», y después fue al «Gaumont», pasando el resto de la tarde en su oficina; y tampoco Michel Aymé había estado en las cercanías del chalet de Jean Preval.

Cuando, triunfante, Nicole depositaba sobre la mesa una fuente de espárragos, quedó decepcionada, porque Vital rechazaba el plato casi con repulsión:

—No puedo con ellos, Nico... Se me antojan estiletes.

CAPÍTULO VII

EL COMPRADOR DE ESTILETES

Vital se puso en pie. Iban entrando en su despacho de la Comisaría Central los ocho personajes asistentes a la cena en que murió Nuvion.

Sentándose parsimoniosamente tras la mesa de ébano, extrajo de la cartera una hoja amarilla, mecanografiada.

—Les he mandado llamar para anunciarles que una complicación gravísima ha venido a empeorar este desdichado asunto.

Dirigió una mirada circular a sus oyentes. Manuel Ortuño demostraba su impaciencia en pie tras las dos sillas en que sentábanse sus hijas. Michel Aymé se apoyaba en el respaldo de la silla ocupada por Marguerite, que, pálida, cruzaba y descruzaba las manos sobre su bolso.

Mornay, en pie, entre Lulú y Adeline, se alisaba maquinalmente los cabellos de vez en cuando. Anunció Vital:

—Ayer tarde fue asesinado Jean Preval.

La reacción de sus oyentes fue diversa. Los Ortuño se miraron entre sí. Lulú lanzó un grito agudo y se levantó. Aymé siguió con los ojos fijos en el inspector y Mornay exclamó:

—¡Ya sólo nos faltaba esto! —Con expresión que hubiera resultado cómica si el motivo que la originaba no fuera trágico.

—Usted, inconscientemente ha resumido lo que yo quiero decirles —expuso Vital—. Ha sido asesinado Preval con un arma que corresponde exactamente en sus características, a cualquiera de los cortapapeles que todos ustedes poseen, y cuya procedencia no

quieren o no saben explicarme.

—Ya le hemos dicho que lo recibimos por correo —dijo Ortuño.

—¿Quién era el remitente?

—Yo no recibí el paquete. Venía a nombre de mis dos hijas y ellas rompieron el papel de la envoltura.

—Comprenderán que con este nuevo incidente, se ha agravado de modo considerable su situación. Para bien de todos los he llamado. Es indudable que entre ustedes se halla el que mató a Nuvión. Aborrezco la pedantería y por lo tanto, no es mi intención imponerles una conferencia sobre la técnica policíaca, y la consabida e infalible moraleja de que más tarde o más temprano, todo criminal rinde cuentas ante la ley. Abrevio: son ustedes ocho personas de reconocida solvencia tanto moral como material, pero cada uno de ustedes pudo tener un motivo para decidirse a eliminar a Paul Nuvion.

En el ambiente que creaban las suaves y comedidas frases del inspector, se percibía la tensión de sus oyentes.

—No deben ustedes entorpecer la acción de la justicia. No deben ocultarme detalles que pueden contribuir al pronto esclarecimiento: deben exponerme los motivos que tuviesen para odiar a Nuvion. ¿Nadie tenía ningún resentimiento contra él?

En el expectante silencio, resonaron nítidas las palabras de Julia Ortuño:

—Se burló de mí, me quitó toda ilusión, destrozando mis sentimientos de adolescente crédula e ingenua. Pero cuando volví a verle, ya no le odiaba... Le despreciaba.

—¡Considero altamente desagradable su proceder, inspector! —exclamó, airado, Ortuño.

—La labor del investigador es ingrata, señor. Compréndanlo todos ustedes. Yo preferiría vivir de rentas. No es mal amigo el que avisa. Los he reunido para prevenirles que, en un proceso por crimen, se considera gran atenuante la confesión espontánea.

Creaba el «clímax»... pero reinó otra vez un silencio tenso, de ocultas inquietudes.

—Bien. Quedan ustedes prevenidos. Las investigaciones que vengo haciendo, me conducirán fatalmente a la detención de uno... o dos, de ustedes. La sentencia que recaiga tendrá todo el peso inexorable de la ley, sin atenuante alguna. Lo mismo digo por lo

que al asesinato de Preval se refiere. ¿Sabía Preval quién fue el que colocó el arsénico en la copa de Nuvion?

Se levantó Vital:

—En este momento son las once en punto. Estaré en este despacho hasta las doce y media a disposición de quien tenga datos que aportar.

Saludó brevemente con la cabeza, y fueron saliendo de su despacho todos los asistentes a la cena del «Club de las Solteras».

Cuando el reloj marcaba la una menos cuarto, nadie había acudido.

Después de comer y mientras saboreaba el café, oyó Vital el repiqueteo del timbre de su piso. A poco, Nicole entraba en el comedor portadora de una carpeta con sellos de lacre.

—Un agente acaba de traerla, señor. Procede del laboratorio fotográfico de Comisaría.

—Presiento que durante unos días no podré digerir en paz, Nico.

Y cogiendo la carpeta, se dirigió a su biblioteca-despacho. Procedió a una metódica inspección de todas las fotografías que contenían las dos cajas que había encontrado en el extraño y diminuto laboratorio de Jean Preval.

Eran copias de película *Pathé-Baby*; todas representaban figuras femeninas, acopladas en el diván al propio Jean Preval.

Las clasificó en doce grupos: doce mujeres distintas. Una de las fotos de cada grupo, llevaba, detrás, el nombre y dirección de cada mujer. Las había casadas —cinco—, como se deducía del «Mme, de...», que aparecía escrito en el dorso. Las restantes siete eran muchachas solteras.

Tomó Vital nota de todas las direcciones. Algunos nombres eran conocidísimos en la buena sociedad parisina. A dos de ellas las conocía personalmente: Louise Doriot, y Conchita Ortuño.

Hizo saltar los lacres, y al examinar el contenido de la carpeta, dilató, asombrado, los ojos.

Las seis primeras fotografías que veía, eran las del propio Víctor Vital, removiendo los almohadones del diván del «studio» del chalet.

Necesitó unos segundos para reponerse de la sorpresa, y coordinar ideas. Comprendió que al encender una de las luces, la verde, o la amarilla, cualquiera de ellas, ya lo comprobaría, algún

dispositivo eléctrico ponía en marcha la manivela de la cámara.

Las restantes fotografías eran de otra muchacha que no constaba en los grupos clasificados. Ya eran trece las mujeres que podían desear la muerte de Jean Preval...

Porque ya no le cabía a Vital la menor duda de que Preval no era un simple «dilettante», sino un hábil chantajista.

Sobre su mesa, repiqueteó el teléfono. Descolgó:

—... Vital al habla. ¿Quién?

—... Ernest Duc. He sabido por Michel Aymé que le interesaba conocer la procedencia de los abrelibros. Por casualidad he encontrado el envoltorio, porque yo también recibí uno.

—... ¿Quién es el remitente?

—... No es ningún particular. Procede de la Papelería «Lucco», bulevar Rivoli, 67. ¿Le sirve el informe?

—... Mucho. Gracias. ¿Está usted mejor de su gripe?

—... Sí. Hoy saldré ya a airearme. Hasta la vista, inspector.

Colgó Vital, satisfecho. Al menos iba a averiguar ya quién era el misterioso comprador de los cortapapeles que se habían convertido en estiletes homicidas.

Al salir a la calle, se le acercó un agente.

—Me envía el servicio de plantones, señor, para decirle que todos ellos se encuentran reunidos ante el número 9 de la Chaussée d'Antin.

—Curioso que todos mis sospechosos estén reunidos en casa de mi buen amigo Ortuño. Bien. Que un plantón procure enterarse discretamente de lo que allí ocurre.

Con paso rápido se alejó hacia Rivoli. Entró en el 67: una pequeña librería especializada en la venta de objetos de lujo.

Tras la primera pregunta, la vendedora que le atendía se deshizo en excusas.

—Recuerdo perfectamente. Fue hace tres días: la persona que vino a comprarlos, encargó se pusiera su tarjeta en cada paquete. Pero el chico del embalaje se olvidó.

Benévolo y esperanzado, Vital sonrió amable:

—Un descuido sin importancia. ¿Mandaron ocho?

—Sí, señor. Mire usted mis notas, si tiene la bondad.

Leyó los nombres que ya sabía, e, intrigado, pidió las tarjetas dejadas por el extraño comprador.

Su satisfecha expresión varió por completo... Las tarjetas que el embalador se había olvidado de colocar dentro del paquete conteniendo el cortapapeles, ostentaban la misma dedicatoria:

«Al jugador, en recuerdo del campeonato ganado.
Su sincero amigo».

Y el «sincero amigo» era el propio Jean Preval.

Al final del Bulevar Clichy, pasadas las afamadas plazas Pigalle, y Blanche, y el no menos típico Molino Rojo, abre sus puertas giratorias un enorme café: el «Chez Graff».

Profusión de espejos reproducen los mullidos divanes de cuero rojo, y a cualquier hora del día el interior de «Chez Graff» rebosa de un público heterogéneo, que va desde el provinciano receloso, en busca de la fácil aventura, hasta el artista que desayuna, almuerza y cena con el «café-crème» y tostadas.

Cuando Vital empujó una de las puertas giratorias del «Chez Graff» y fue a sentarse en uno de los divanes del fondo, su ceño fruncido fue apercebido desde varios lugares.

Una anamita de frágil figura de efebo, susurró al oído de la opulenta y rubia alemana sentada a su lado:

—¿Has visto el tipo que ha entrado, Hilda?

—Un burgués de mal genio. ¿O es un millonario yanqui?

—Es un inspector de la Criminal.

—Bien, ¿y qué? ¿Has matado a alguien, pichoncita?

—Estos individuos, no sé por qué, me dan escalofríos.

Y como en busca de protección, se acercó más a la plácida alemana.

Vital castañeo los dedos en dirección a un hombre bien vestido, exageradamente bien vestido, que en compañía de otros tres de su misma apariencia, estaba acodado en uno de los mostradores. Presuroso, se acercó al interpelado.

—Buenas tardes, ¿«monsieur» Víctor? —saludó tocando el borde de su fieltro, y con sonrisa amplia—. ¿Me llamaba usted a mí?

—Ya que estás aquí... ¿Dónde está Marcel?

—No le he visto hoy. Pero si usted quiere, puedo buscarle.

—Eres un buen chico, Milú. Tráeme a Marcel, volando.

No habían transcurrido tres minutos, cuando Milú regresaba en compañía de un sujeto achaparrado, vestido con no menos chillona elegancia que él.

—Buenas tardes, señor Víctor. Dice Milú que quería usted hablarme.

—Así es. Tengo que hacerte unas preguntas sobre unos pasos tuyos que no están claros, y me temo que vas a venir conmigo, si no sabes explicarte. En cuanto a ti, Milú, tengo entendido que vas pregonando por ahí que me pincharás la barriga.

—¿Yo, señor, Víctor? —Y el maleante puso una cara de inocencia ultrajada—: Todo el mundo puede atestiguar que yo soy un pacífico...

—Escucha, Milú, eres un simpático cretino y un asqueroso idiota, si crees que saldrás ganando fama con majaderías. No repitas mi sentencia, o sufrirás desperfectos en esta hermosa cara de sinvergüenza que exhibes. Anda, hijito, ahueca.

No se lo hizo repetir dos veces Milú. Vital trató de hallar la huidiza mirada de Marcel.

—Siéntate, y supongo que ya habrás averiguado lo que te pedí.

—No hay manera, señor Víctor. He estado indagando, y nada.

—Hijo, soy muy viejo ya para que me des la novatada. ¿Recuerdas lo que te dije? Anda, precioso, repítemelo, palabra por palabra.

Dócilmente, pero con las manos, cruzadas y temblonas de furor, bajo la mesa, recitó Marcel:

—Me dijo usted: Marcel, nadie sabe que tú eres mi confidente. Tus relaciones con el «ambiente», te permiten con facilidad averiguar la venta de tóxicos. Me interesa saber las adquisiciones recientes de arsénico: entérate.

—Así fue. Tú no eres tonto, y sabes que yo nada tengo que ver con la brigada de tóxicos. O sea que no te hagas el imbécil.

—Le juro, y no le miento, que todo lo que puede hacerse lo he hecho ya. No ha salido un miligramo de arsénico en todo este distrito.

—Óyeme bien, Marcel. Cuando yo averigüe de dónde ha salido el tóxico que busco, te aseguro que si tiene algo que ver con alguno de tus compañeros, vas a beber un mal trago. Anda, lárgate y reúnete con Milú; dile que te quería ver por lo del robo de las joyas

de la inglesa el viernes pasado en el Majestic.

Mientras Marcel se alejaba, el inspector miró con ojos poco amables a la concurrencia. Todo eran inconvenientes y contratiempos. Se levantó y fue hasta una de las cajas, donde una otoñal, teñida y solemne, parecía reinar tras la máquina calculadora.

—«*Madame*» Lisette: buenas tardes. Siempre deslumbrante.

—¡«Oh, ce cher *monsieur* Victor»! Hace tiempo que no le veíamos por aquí.

Sabía Vital que la cajera, además de no poderle ver ni en pintura, era una amplia fuente de informaciones para curiosos: y en beneficio de la policía era preciso dejar bien cimentada la «fama» de Marcel.

—Hace tiempo, pero estos muchachos no quieren vivir en paz — y con un ademán designó hacia el mostrador en que estaban Milú y Marcel.

—Son unos chicos excelentes. Nunca se meten en turbios asuntos...

—Quisiera compartir su opinión, hija de un corazón bondadoso, «*madame*», pero me temo que pronto tendré que llevarme a Marcel a pasar unas vacaciones largas. No me gusta nada su pretendido oficio de guía de turistas ingleses.

—¡Siempre desconfiando este querido señor Víctor!

Después de aquella corta visita de Vital al «Graff» quedó solidificada la «buena reputación» de Marcel.

En su despacho de la Central, pulsó el timbre que avisaba al agente Santos, su hombre de confianza. Un antillano muy inteligente.

—Bien, Santos, supongo que ya estaremos al cabo de la calle, ¿no?

El agente, que conocía ya cuando la cara de Vital presagiaba tormenta, trató de «hacer memoria».

—¿Referente a...? —indagó:

—Referente a Juana de Arco. Arsénico, arsénico...

Sacó el agente un block y leyó:

—«Las pesquisas en centros legales, controlados los libros...»

—¡Abrevie!

—Las recetas eran prescripción médica, y ninguna pertenece a

sospechoso o relacionado con ellos.

—Total, que estamos igual que el primer día, ¿no? Escúcheme bien, querido amigo. No sé si sabe que hay una persona que fue enterrada contra su voluntad porque ingirió una dosis de arsénico, y este arsénico de algún lado salió, ¿no?

—Sí, señor inspector.

—Gracias. Celebro que comparta mi opinión. Bueno, pues usted y su plantilla están aquí para algo más que para cobrar y firmar las nóminas. Si antes de veinticuatro horas no se pone en claro de dónde procede el arsénico, usted y sus cofrades irán a una suprefectura de provincias, a un pueblo de cien vecinos... y allí, teniendo que preocuparse tan sólo de los robos de gallinas, disfrutarán de una vida muelle y cómoda.

—Haré todo lo posible, señor.

—No basta. También lo imposible. Así llegó Napoleón a Emperador, y usted querrá llegar a inspector, ¿no? Ande, váyase, y no se olvide de la ley de las compensaciones: a mí me chilla el Comisario, y yo me desquito con usted. Y a usted, felizmente, le quedan los agentes de segunda.

Y aquella noche los agentes a las órdenes del «primera» Santos, tuvieron que desquitarse dando voces en sus casas.

Manuel Ortuño y sus hijas comieron en silencio, y sólo al levantarse, anunció él sus propósitos:

—Esta tarde volveré a las cinco, y deseo que tú, Julia, te cuides de notificar a todos los que asistieron con nosotros a la cena, que les conviene venir aquí esta tarde de cinco a siete.

Conchita miró interrogante a su padre. Julia inquirió:

—¿Qué razón les doy para que vengan?

—Di a cada uno de ellos que será una reunión amistosa, en la cual, con un poco de buena voluntad, resolveremos esta anómala situación. Insistirás en que vengan sin falta.

Julia Ortuño cumplió telefónicamente el encargo. Todos los convocados acudieron a las cinco. Iniciaron una charla trivial. Julia y Conchita servían el té.

—Papá os ha rogado que vinierais porque quiere hablaros de algo referente a lo que esta mañana dijo el inspector.

—Creo que ha sido una buena idea —aseveró Adeline Duprez.

—Me parece muy necesaria esta reunión. Debemos hablar

claramente —expuso Gaston Mornay—. Es también tu opinión, ¿verdad, Michel?

Michel Aymé asintió, mientras Louise Doriot argüía:

—Estoy con los nervios deshechos. Envidio a mí prima, Lo toma todo con una filosofía y una tranquilidad muy poco femenina.

—Ten presente que mis estudios de enfermera me han endurecido, y además, el descubrimiento de la verdad en nada me ha de perjudicar... Al contrario, me quitará un peso de encima.

Entró Manuel Ortuño:

—Buenas tardes a todos, y gracias por haber acudido.

—¿Una taza de té, papá?

—No, gracias.

Su mirada sagaz, dura, de hombre voluntarioso, se posó en los rostros juveniles.

—Les he reunido con la esperanza de lograr lo que es imposible que obtenga el inspector. Perdónenme si soy crudamente sincero. No me guía el noble impulso de castigar un cobarde crimen, ya que ni soy representante de la ley, ni quiero hablar en nombre de la moral. Quiero hablarles como quien soy: como un comerciante cuyos negocios sufren descrédito mientras perdure esta situación.

Los rostros de sus oyentes reflejaban suma atención.

—Yo, Manuel Ortuño, juro que nada he tenido que ver con la muerte de Nuvion. Podrá parecerles cándidamente absurda mi declaración, puesto que pensarán que diría lo mismo aun siendo el asesino.

—¡Papá, por favor...! —musitó Conchita.

—Aquí no hay padre, ni hijas, ni amistades. Aquí estamos ocho personas irreprochables... y sin embargo, una ha envenenado.

—¿No comprende que quien haya sido no lo confesará? —dijo Mornay con violencia contenida—. Su conversación sólo consigue zaherir a los que somos inocentes.

—Ésta es una reunión amistosa, y no deben darse por aludidos los que nada tengan que reprocharse. Tenga presente, Mornay, que no excluyo ni a mis propias hijas.

—Yo, aunque modesta negociante, comparto su opinión puramente egoísta —dijo Adeline Duprez.

—Gracias, Line. Escúchenme: estamos solos, lejos de todo oído indiscreto. Lo que voy a proponer es inmoral, y va contra mi

conciencia, pero no quiero continuar así.

Un surco profundo se marcó en su frente y haciendo un esfuerzo, prosiguió:

—Son dos asesinatos: el de Nuvion y el de Preval. Si mañana al mediodía el inspector Vital no ha adelantado en sus investigaciones, yo y mis hijas nos constituiremos detenidos.

—¡Absurdo! —exclamó Aymé—. ¿No dice usted que la simple sospecha arroja descrédito? ¿No sería mayor el escándalo sí...?

—A la par que voluntariamente me constituya detenido, la prensa publicará que Manuel Ortuño, lamentando los desagradables asuntos en que su buen nombre se ha visto mezclado, juzga necesario para su reputación, no ser considerado un sospechoso más.

—Pero, señor, ¿impedirá usted con ello que el verdadero asesino siga andando libremente? —indagó Adeline Duprez.

—Mi voluntaria entrega a la policía, creo que obligará a que hagan con ustedes otro tanto, o al menos servirá que los sometan a estrecha vigilancia, mientras terminan las investigaciones.

—¡Su proceder es incorrectísimo! —chilló Louise Doriot.

—He aprendido de los franceses la máxima de no dramatizar. Mi española sangre es propensa a ello, pero procuro suavizar mi aspereza. Aquí están en su casa. Junto a este salón está mi despacho. He colocado sobre la mesa dos pasaportes falsos: uno femenino y otro masculino. Y un billete para el avión que sale cada dos horas de Le Bourget a Sud-América. Y una cartera con cincuenta mil francos. En mi despacho están también los discos, y el bar. Diviértanse, jóvenes, y bailen. Yo no he de entrar para nada en el despacho...

Se hizo un silencio lleno de estupefacción. Por fin, dijo Margot Calvet:

—Creo que todos hemos comprendido su sugerencia, señor Ortuño. Usted ofrece al asesino la posibilidad de escapar, y le impulsa a hacerlo con su anterior aviso de que mañana piensa obligar a la policía a que nos vigilen estrechamente. ¿Es así?

—Exacto, señorita.

—Pero ¿qué garantía ofrece usted de que en el aeródromo de Le Bourget no haya un policía esperando al poseedor del falso pasaporte?

—Yo no soy ningún sentimental. Por lo tanto, han de creerme si les afirmo que sólo hay dos personas a las que quiero en este mundo: mis dos hijas. Y de ellas dos, una pudo haber matado... ¿Entregaría yo a mí propia hija a la policía?

Julia Ortuño, intensamente pálida, pero sonriendo con esfuerzo, vino a enlazar por la cintura a su padre, diciendo:

—Cumplamos el deseo de mí padre, amigos. El que quiera oír música que se siente; el que quiera beber o escoger discos, que vaya al despacho.

—Yo quiero compartir la responsabilidad que pueda recaer sobre nuestro anfitrión —dijo Adeline Duprez—. Por lo tanto, propongo que cada uno de nosotros, solo o acompañado a su gusto, vaya, al finalizar cada disco, a buscar otro al despacho.

Uno de los plantones de servicio, que estaba más próximo al número nueve de la Chaussée d'Antin, sonrió avinagrado al oír la alegre música que procedía del piso que vigilaba. «Al menos, ellos se divierten», pensó.

Habían transcurrido aproximadamente tres cuartos de hora desde la proposición de Adeline Duprez, cuando Gaston Mornay y Margot Calvet, coincidieron en levantar el «pic-up».

Sonrió ella:

—¿Tú o yo, Gaston?

—¿Y por qué no los dos juntos?

Avanzaron hacia el despacho, y ya en el umbral, Margot lanzó un ahogado gemido. Gaston Mornay no pudo impedir que ella cayera al suelo desvanecida, porque, alelado, contemplaba un cortapapeles en forma de estilete...

Hundido en el pecho de Conchita Ortuño, que, reclinada contra el respaldo del sillón, tenía en su bello rostro la implacable mueca de la muerte.

CAPÍTULO VIII

INCÓGNITAS DESPEJADAS

Cuando Vital abandonó la librería de «Lucco» no le cabía siquiera el consuelo de pensar en una posible suplantación de la personalidad de Jean Preval. La vendedora lo había descrito perfectamente:

«Alto, elegantísimo, muy amable, correcto, sienes plateadas, rostro enjuto, rondando los cuarenta y cinco años».

Además, había, pagado con un cheque sobre cuenta corriente comprobada. El Destino tenía ironías vengadoras. Y Vital apreció en todo su valor de predestinación, el acto de Jean Preval adquiriendo estíleles, uno de los cuales había de matarle.

Servida la cena, Nicole se marchaba todas las noches hacia las nueve. Oyó Vital como se iba.

A la mañana siguiente, cuando se disponía a salir, entraba en su despacho Manuel Ortuño. Nunca se había distinguido éste por su aspecto jovial, pero ahora era la viva imagen de la sombría desesperación. Sin una palabra, a guisa de saludo, tendió al inspector una carta.

Y más que sentarse, se desplomó en un sillón. Leyó Vital:

«Querido padre, querida Julia: Nadie podrá ya quererme: Con nadie podré ya casarme. Jean Preval, al que todos creíamos el prototipo de la cortés galantería, era un canalla bestial y chantajista. Me invitó una tarde a merendar en su chalet. Pensé que ya no estábamos en los tiempos en que merendar a solas con

un hombre, sólo merendar, era reprobable. Fui.

»No sé lo que ocurrió, porque no bebí más que té con limón y comí emparedados y pastas, pero tuve conciencia de estar desmadejada, sin voluntad. Cuando me pasó el extraño malestar, no recordaba nada con precisión, pero como Preval seguía siendo correcto, me creí víctima de una pesadilla.

»Sólo dos días después me cercioré de que no había sido pesadilla. Me llamó Preval por teléfono, diciéndome que fuera a su chalet, porque se trataba de algo urgente, relacionado con mi porvenir. Fui. Y no sé cómo explicarme. Me enseñó unas fotos... Si hubiese tenido un arma en la mano en aquel instante, creo que lo hubiese matado. Cínicamente me dijo que cuando yo me casase, le daría a él una buena cantidad o se vería obligado a vender los clichés a mí marido.

»Cuando murió Nuvion, pensé que, como Preval sabía lo del noviazgo de Julia, sería capaz de un doble chantaje. Recogí este cortapapeles que recibimos y lo escondí en mi bolso. Fui al chalet. Tenía llave de su puerta falsa. Cuantas veces, exasperada, amenacé a Preval con denunciarlo o matarle, él se jactaba de que ninguna mujer rica y con posibilidades de serlo más, mataba a un chantajista. Parecía gozar inspirando rabia. Cogió el teléfono, y marcó nuestro número. Por debajo de la mesa, había yo cortado el hilo, y le herí en el pecho.

»Ya no puedo vivir. La policía registrará sus papeles, y encontrará las fotografías. Yo las hubiese cogido, si hubiera tenido tiempo. Pero apenas empezaba a registrar el despacho, oí llamar y vi al inspector Vital, saltando por la ventana del recibidor. Escapé. Pero es inútil, porque se enterará de que fui yo.

»Perdonadme la pena que os causo, pero ya no

podía seguir viviendo. ¿Quién creería mi narración? ¿Quién creería en mi buena fe? Vosotros, sí, pero nadie más. Nunca fui mala, papá, y sé que me querías mucho, pese a tus gruñidos. Julia, cuida mucho de papá. Adiós.

»Conchita Ortuño«.

Vital carraspeó deseando quitarse la molesta contracción de la garganta. Frente a él, Ortuño le miraba, mudo, sombrío, con un vago gesto de súplica... Comprendió Vital que las palabras sobaban. Ningún ser humano podía consolar a aquel hombre abatido.

—¡Nico! —llamó con voz ronca—. Prepara dos cafés bien cargados, y antes, pasa por mí mesa.

Trae los sobres cerrados que están sobre mi carpeta.

Regresó Nicole con un montón de sobres repletos.

—Trae una jofaina.

—¿Quiere el señor lavarse las manos?

—No interrogues, Nico. Una jofaina sin agua.

Nicole se calló, pero, con cierta alarma, depositó una blanca jofaina sobre la mesa. Desde la cocina, vio algo más raro aun.

Vital cogía los sobres que ella acababa de llevarle, y uno por uno, los iba quemando, removiendo las cenizas en el recipiente. Chisporroteaban clichés y fotos...

—Quede tranquilo, amigo mío. Sólo las he visto yo, y no quisiera haberlas visto. Las guardaba porque me temía que una de éstas trece desgraciadas fuese la que... la que sustituyó a la justicia. Preval era un odioso canalla y merecía mil muertes. Con las fotos encontré unos sobrecitos conteniendo una mezcla de cantáridas y analgésico. Escribiré una nota a las restantes, tranquilizándolas.

—Mi hija no era mala, y se mató esta noche con la misma arma que le sirvió para... ¡No era mala, Vital!

—Me consta, pero para su desgracia encontró a un vil sujeto que se aprovechó del superficial desenfado de la chica moderna.

Un ronco estertor en la garganta de Ortuño hizo que Vital se sintiera desamparado de su elocuencia. No sabía que decir ante las lágrimas del hombre honrado... Se sintió aliviado al verle salir, con

la espalda encorvada, arrastrando los pies, envejecido asombrosamente.

Se refugió Vital en su egoísta sibaritismo, sorbiendo lentamente la copa de estomacal que oportunamente acababa de traerle Nicole.

—Una feliz ocurrencia, Nico. Tráeme otra. Me deprimen las penas ajenas.

Con perspicacia de mujer, adivinaba Louise Doriot que Mornay la consideraba ridícula, pero cuando le encontró en una de las salitas de la pastelería-salón «Rendez-vous», se aproximó amable.

—Hola, Gastón. ¿Ha visto a Ernest? Me citó en este lugar.

—No le he visto. Puedes esperarle aquí.

Se sentó ella, cruzando las piernas, de las que tenía el mejor de los conceptos.

—¿Qué te pareció lo de ayer, Gastón?

—Penoso. Es inconcebible que una chiquilla tan preciosa...

—Lo que no comprando es por qué mató a Preval. —Ya lo averiguará Vital.

—Es apasionante este asunto.

—Si eres amante de las emociones fuertes, Chicago puede brindarte mejores oportunidades. Es de muy mal gusto calificar de apasionantes las muertes sucesivas de Paúl, Preval y Conchita.

Mordióse ella el labio inferior.

—Me entendiste mal, Gastón. ¿Tú no crees posible que Julia Ortuño salga beneficiada con la muerte de Preval, un posible testigo que...?

—Muy posible. ¿Qué más?

—Todos descartáis a Margot. Y tú la viste darle un bombón a Paúl, poco antes de que...

Se levantó Mornay, para, con sonrisa de asco, decir:

—Aparte de que Margot es una muchacha buena, es tu prima. Eres una tonta maligna, cariño. Procura no morderte la lengua, o morirás envenenada. Abur, Lulú... —y dando media vuelta rezongó —: ¡Pobre Ernest! Pensar que piensa casarse con este bicho...

Lulú Doriot se encogió de hombros. Tenía la epidermis insensibilizada.

Ernest Duc, camino del «Rendez-vous», vio venir a Adeline Duprez. Como siempre que la veía, procuró hacerse el distraído,

pero chocaron sus ojos con los fríos azules, con aquellas nítidas pupilas celestes que un día, allá en Ruan, le habían mirado tan cariñosamente, y no pudo ahora evitar el saludarla.

—Buenos días, Line. Lamentable lo de Paúl.

—Lamentable. No quiero detenerte, seguramente vas a reunirte con tu novia. No es rica Lulú, ¿sabes?

—Hoy mis asuntos van mejor y puedo casarme. Tus ironías las merezco. ¿Me odias Line?

—No, hijo. Te olvidé ahogándote en olas de desprecio. ¿Acaso te crees el único Adán?

—Por favor, Line, mejor es no hablar de...

—Tú empezaste. Por mí, estaba muerto. Bueno, adiós.

—Oye, Line. Tú no ignoras que yo quería a Paúl como a un hermano. Tú que estuviste en la cena, ¿sabes algo? ¿Tienes sospechas?

—Es un misterio al que hay que añadir ahora otro. Por la criada que guarda el piso de los Nuvion, sé que el inspector Vital estuvo allí registrándolo todo. Y ella ha dicho una cosa rarísima... La noche del crimen, alguien entró a robar... y no se llevó nada.

—¿Lo interrumpieron?

—Esto es lo más extraño. Parece ser que la criada se dio cuenta de que habían andado en el despacho de Paúl, porque no estaban las cosas tal como ella las vio al marcharse Paúl, para acudir a su última cena. Pero no faltaba nada.

—¿Qué sacas en limpio de todo esto?

—Aun no sé. Hay detalles que acusan a Gaston.

—¡Mujer! Gastón Mornay es incapaz de nada tortuoso. Es noblote y demasiado llano para meditar un crimen sinuoso. Él habría matado a puñetazos, y además, ¿qué motivos iba a tener?

—Los busco, y tal vez los encuentre. La noche del crimen, el despacho de Paúl fue registrado, y Gastón llegó a las diez a cenar, aunque no ignoraba que nos citamos para las nueve. Dijo que sus tíos le habían retenido. Guarda el secreto. ¿Cuento con tu ayuda?

—Incondicional. Pero me temo que ahora que hemos hecho las paces, puedo volver a enamorarme de ti...

—Tienes una novia tan simpática, que sólo por darle un ataque de histeria, sería capaz de volver yo a intentar que me quisieras. Adiós, Ernest.

Cuando Line se alejaba, el destello cariñoso de sus siempre fríos ojos, produjo íntimo desasosiego a Ernest Duc.

Próxima ya a su pensión encontró Margot a Michel Aymé.

—¡Qué casualidad! —exclamó ella.

—No lo es, porque le esperaba. ¿No me dijiste ayer que no pensabas salir?

—De lo que pensamos a lo que hacemos, media un abismo.

—Margot, ¿de quién sospechas?

—De todos y de nadie. ¿Y tú?

—Lo mismo, pero concreto más: de Julia y Adeline.

—Yo sospecho de ti y de Lulú —sonrió ella tristemente.

—¡Diablos! ¿Y en qué te fundas?

—En lo mismo que tú para sospechar de otras. Y además, ¿no pudo ser Jean Preval? Adiós, Michel.

Una serie de pasos cortos y matemáticos condujeron a Michel Aymé y Gaston Mornay hasta el poste. Un elástico salto de Michel, y el balón entró limpiamente por la redecilla.

En las duchas del «Sveltlin», mientras, bajo el chorro restallante, Mornay mezclaba el vaho sudoroso con el azote frío del agua, Aymé, secándose, comentó:

—Quiero hablarte en serio, Gastón. Te tengo por muy cabal.

—Y yo a ti, pese a tu aparente desenfado. Es preciso ayudarnos para sacar algo en limpio...

—Estoy dispuesto a jurar que no mataste a Paúl. ¿No has callado alguna cosa que vieras aquella noche?

—Ver, vi... pero vi sin darme cuenta. Es decir, hasta que me lo recordó Lulú... Margot le dio un bombón a Paúl, momentos antes de que muriera.

—Lulú es una víbora.

—No lo niego, pero yo vi con mis propios ojos cómo Margot le daba un bombón a Paúl, poco antes de su muerte.

Michel Aymé, adosado a una de las farolas de la plaza de la Opera, parecía uno más de los que se distraían visualmente con el alegre desfile de las empleadas de los establecimientos de la calle de la Paix. También podía ser confundido con algún pretendiente de modelo.

Y ésta fue la creencia de Marguerite Calvet al verle.

—Buenos días, Michel. ¿De cuándo te dedicas a conquistar maniqués?

—No me gusta perder el tiempo. Si estoy aquí, es porque sé que cuando regresas de la Sorbonne pasas por este sitio.

Le miró ella dubitativa.

—Es la segunda vez que me esperas, Michel. Voy hacerme ilusiones —sonrió.

—Celebraría que lo dijeras en serio. Di, Margot, ¿no temes nada?

—¿Temer? ¿A quién y por qué?

—Es una tontería. Estos días ando desquiciado.

—Igual me pasa a mí, pero procuro disimular. Para eso soy mujer.

Anduvieron en silencio unos instantes. El cogió su mano.

—Escucha, Margot. Pase lo que pase, confía, en mí.

Se detuvo ella con luz de temor en los cándidos ojos oscuros.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que he dicho... Que tienes carita de muñeca buena... y yo no consentiré que nadie pueda dudar de ti.

Se encogió de hombros ella.

—Gracias, Michel. Pero ¿quién podrá impedir hasta que no esté aclarado todo, que sospechemos los unos de los otros?

Y rápidamente se alejó.

Al saborear la última cucharada del plato de nata con fresas, respiró satisfecho Vital. Pero su satisfacción era sólo material: su cerebro no le dejaba en paz, barajando suposiciones. En voz alta, pensó:

—También es curioso que un ladrón entre y ande por el despacho de Paúl Nuvion sin robar nada.

Con el café trajo Nicole una cajita abierta, con trufas heladas.

—¿Las compraste, Nico?

—Las han mandado.

Golosamente, saboreó Vital una trufa, fundiéndola lentamente.

—¿Quién las envió?

—Un señor que lo anunció por teléfono.

—¿Por qué no me diste el recado?

—Porque insistió en que se lo dijera precisamente ahora, cuando

las estuviera comiendo.

—Es curioso. ¿Y no dijo nada más?

—Me dijo: «Repítele al inspector textualmente estas dos frases: ¿Por qué tenía que estar necesariamente el arsénico en la copa? ¿No podía estar en un bombón?».

Violentemente y con poca elegancia, escupió Vital los restos de la trufa en el plato.

—¡Caray! ¿Quién fue el bromista?

—No dio su nombre. Cuando se lo pregunté, colgó. Era un hombre.

—¡Pero, muchacha!... ¿Cómo has sido tan torpe? ¿Y si esto... — señaló enfurecido el plato— y si esto está...?

—Cuando un botones trajo el paquete, me comí cuatro y creo que sigo con vida.

Dignamente se retiró ella a la cocina. Vital removi6 su café y de pronto soltó la cucharilla: ya tenía dos datos para la resolución de la inc6gnita «X»: Margot Calvet, enfermera y practicante, y la cajita de trufas sobre una mesa el día en que fue a interrogarla.

Ingenioso: un bombón, y luego, aprovechando el barullo, un poco de arsénico en cualquier copa, para despistar las pesquisas.

Faltaba un dato: ¿M6vil?

Margot Calvet leía y, a su lado, Lulú miraba aburrida por la ventana, secándose las uñas recién pintadas, cuando entró Vital.

—Si no tuviera inconveniente, Margot, quisiera hablar a solas con su prima.

—Aquí al lado estoy, por si me necesita, inspector.

Al quedar a solas con Louise, abordó Vital directamente:

—¿Por qué se calló que su prima había dado un bombón a Nuvi6n poco antes de la muerte de éste?

No se desconcertó Lulú, antes al contrario, denegó violentamente con la cabeza, hasta conseguir afianzar su voz:

—Yo no lo vi. ¡Eso es mentira!

—A mí, personalmente, no es peligroso mentirme. Pero soy además inspector de policía, y parece usted olvidarlo.

—No he visto lo que usted dice. Conozco bien a Margot, y es una muchacha buenísima.

—He estado interrogando a todos los que concurrieron, y Michel, al igual que Gast6n, reconocieron que vieron lo que usted

sin duda alguna también vio.

Ya había Lulú resistido bastante, y se deshizo en lágrimas.

En el dintel de la alcoba comunicante con el saloncito, apareció Margot intensamente pálida, que con labios temblorosos, dijo:

—No sigas negando, Lulú. Gracias, pero es inútil. Sabía que tarde o temprano se descubriría.

Aprovechó Vital la coyuntura, porque si bien la búsqueda de una adquisición de arsénico en Angers había sido infructuosa, nada más que él lo sabía.

—Margot Calvet, queda usted detenida. Se ha conseguido la comprobación de dónde adquirió usted el arsénico.

—Esto es falso. Yo no envenené a Nuvion. Pero que de nada me servirá el negarlo.

—Sea razonable, y el confesar le será favorable.

—No he envenenado a Paúl.

—Lamento su actitud.

—¡Tú no has sido! —exclamó Lulú—. Niega siempre y te ayudaremos.

—¿Dónde tenemos que ir, inspector?

—A mi propia comisaría. El juez le tomará declaración. En cuanto se inicie el atestado, su prima volverá aquí a recoger lo que usted necesite. Digo que volverá, suponiendo que no persista en comportarse neciamente negando lo que vio.

Un potente «Cadillac», negro y bruñido, esperaba en la calle, y cualquier espectador, al ver al señor respetable que, con cortés ademán, invitaba a subir a las dos muchachas, hubiese envidiado la suerte del poseedor del coche, ignorando que el elegante «Cadillac» pertenecía al servicio urgente de la Brigada de Investigación Criminal.

CAPÍTULO IX

UN TOMO DE DICCIONARIO

En el propio despacho de Vital empezó a rechinar la maquinaria de la Justicia. Tras la entrada de rigor de «las generales de la ley», y «exhortada a decir verdad», el juez miró a Vital como pidiendo que le sirviera de portavoz.

El acostumbrado y aburrido secretario, frente a su máquina de escribir, se miraba las uñas, indiferente. Vital aclaró la voz:

—Preguntaba qué relaciones de amistad, enemistad, parentesco o intereses la unían con el interfecto, dijo...

La «Remington», con su repiqueteo irritante, hizo eco en el blando folio:

—Yo no tenía relación de ninguna clase con Paúl Nuvion. Me fue presentado por vez primera aquella misma noche.

—Preguntada por qué en su primera declaración hecha ante el inspector Vital, intentó entorpecer las indagaciones, ocultando que ella misma había dado al interfecto un bombón envenenado con arsénico, dijo...

—¡Digo que es una pregunta hecha con muy mala intención! Yo no niego haber dado un bombón, pero afirmo que no estaba envenenado. Y no diré ni una sola palabra más. Sé que no me creen, pero juro ante Dios que yo no maté a Paúl Nuvion.

Louise Doriot se apresuraba a ir al café donde la esperaba su novio, que charlaba con Michel Aymé y Gastón Mornay.

—... y el merengue este —terminaba de explicar Mornay con el ceño hosco, refiriéndose a Vital—... me echó un almibarado rapapolvo, por haberme callado lo del bombón.

—Hizo mal Margot en callarlo —declaró Ernest Duc—. Esto la perjudica, pero, al igual que vosotros, tampoco la creo yo capaz de nada malo, y estoy dispuesto a ser su abogado defensor, si me acepta.

La entrada de Lulú, excitada y activa, fue acogida con interés.

—¿Qué pasa? —inquirió Aymé.

—La han hecho declarar, y ha quedado detenida.

—¿Podríamos verla?

—Dice el inspector que no hay inconveniente.

Vital acogió amablemente la petición:

—Mientras terminan las diligencias que demuestren si es o no culpable, he querido evitarle a ella la humillación de estar con otras detenidas. La he alojado en un cuarto vigilado.

—Inspector, yo —declaró con énfasis Gastón Mornay— yo declaro que Margot no es capaz de matar ni a una mosca.

—Paúl Nuvion no era una mosca.

—Yo quisiera ver a Margot, inspector —dijo Michel Aymé— quiero decirle algo que la animará.

—Eso es. Dile que no se apure que la Justicia, aunque la representen con una venda, no siempre es ciega —expresó Mornay.

Y tras esta alusión, se marchó. Vital acompañó a Aymé a una celda del sótano de la Comisaría.

Margot, sentada al borde de un camastro, levantó la cabeza al ver a Aymé. Vital se sentó al otro extremo del cuarto.

Tendió Michel la diestra, diciendo:

Ánimo, chiquilla. Todos nosotros creemos en tu inocencia.

—¿De veras? —Y ella, reconfortada, retuvo entre sus dos manos la que él le tendía. Sentía una grata sensación con las palabras afectuosas, cuando a su alrededor todo eran desconfianzas y gestos duros de legislador montado a caballo sobre el código.



Salió a la calle sin tropiezos.

7 — ARSÉNICO —

—¿Por qué te callaste lo del bombón, tontuela?

—Porque... porque temía que le dieran una mala interpretación...

—Chiquilla, no llores. Tú tan bonita, tan valiente.

Vital meditó sobre esta frase, no viendo clara la relación entre «bonita» y «valiente».

—Mira, Margot, Ernest está dispuesto, si tú quieres, a ser tu abogado defensor, y todos nosotros te ayudaremos.

—Gracias, Michel. Eres bueno.

—¡Qué va! No es que sea bueno, es que... Bueno, es que tan pronto salgas de aquí, te diré otra cosa.

—¿Qué? —musitó ella, esperanzada, al oír hablar de salir pronto.

—Pues... te lo diré entonces. De momento, ¿qué quieres que te traiga? ¿Qué necesitas?

—Nada, Michel. Lo único que necesito es tu amistad. Me hace mucho bien.

Acababa Erneste Duc de adquirir dos butacas para la sesión de las seis en el «Rex», cuando, al volverse para marchar a su bufete, vio descender de su auto a Adeline. Se apresuró a saludarla.

—¿Vas a entrar ahora, Line?

—No. Venía a adquirir mi localidad.

—Déjame invitarte.

—Gracias, pero tómame una que esté lejos de tu novia y de ti.

Rió Duc, que, al poco, regresó con la localidad, que entrególe.

—¿Tienes algo que hacer ahora, Line?

—Hoy es mi tarde de reposo. ¿Por qué?

—Hace un sol magnífico y me gustaría ver si tu «Peugeot» pita.

—Vamos. Comprobarás que mi coche funciona estupendamente.

Subieron ambos, y Adeline Duprez arrancó.

—El señor dirá dónde vamos.

—¿Te parece bien hacia «Maisons Laffite»?

Asintió ella, dejaron atrás el Parc Moneau.

—¿Sabes la última novedad, Line? Han detenido a Margot.

Una extraña sonrisa descubrió los blancos y menudos dientes femeninos.

—¿Y en qué se han basado?

—En que le dio a Nuvión una trufa helada y se lo calló. ¿Te parece escaso el motivo?

—Escasísimo. Había aquella noche otras personas más interesadas que Margot...

—Sí, tú misma.

Frenó en seco Adeline. Estaban en uno de los recodos del Sena, que, junto a la asfaltada carretera, rodeaba el bosque de Saint-

Germain.

—¿Te parece que caminemos un poco? —propuso ella fríamente. Ascendieron por un puente a la terraza rústica, y acodada a la balaustrada, se deleitó ella, como siempre, en el paisaje amable—. ¿Yo misma? ¿Qué quieres decir con esto?

El susurro del Sena era acariciador en su monótono deslizar.

—Line, el coche que hoy tienes, tus negocios prósperos, todo, ¿a quién se lo debes?

—A mi esfuerzo, y a la suerte que tuve manejando el pequeño capital que heredé.

Se acodó Duc junto a ella.

—Ten presente que estaba al corriente de los asuntos de Paúl. Te prestó varias veces cantidades fuertes.

—Sí, es cierto, al cinco por ciento. Y todos estos préstamos están cancelados. Tengo los comprobantes en mi poder, y así constará en los libros de caja sellados que tiene el juez encargado de las diligencias. ¿Te basta, señor fiscal?

—No te fiscalizo, Line. Era una, simple pregunta, porque estoy moralmente convencido de que Margot no puede ser... Conocí demasiado bien la vida de Paúl y sé que nunca tuvo el menor roce con Margot; es más; aquella noche, por vez primera, se conocieron, y por eso me he ofrecido a defenderla.

—¡Bah! —Y alzó ella los hombros, desdeñosa—. Tú eres un mal picapleitos, sin talento...

—¡Oh, oh! ¿Habla la mujer imparcial o la antigua enamorada, rencorosa ahora?

—No sé —y en su voz puso Adeline las dulces inflexiones del acento norteño—. Recuerdo a la muchacha que en Ruan ofreció su alma entera a un estudiante ambicioso. Recuerdo a la misma muchacha, viniendo a París, para suplicarte casi una limosna de amor.

—No quiero oírte más, Line. Me duele verte vengativa, resentida.

—No, querido amigo. No es rencor. Recuerdo... simplemente.

Vio Ernest Duc nostalgia en los azules ojos.

—Quisiera volver a tenerte como antes: cariñosa, amante... No sabes qué afecto tan fuerte causa en mis sentimientos ver fundirse a ratos tu frialdad, abandonar tu exterior duro, y ser, sencillamente,

una mujer. Quisiera...

—¿Conoces el cantar? «Cuando quise, no quisiste: ahora que quieres, no quiero...».

Se acercó más Duc a ella.

—¡Quiere, Line! ¿Recuerdas la Alameda? ¿Aquel banco...? Fui un ambicioso, pero no he podido olvidar tu amor. Déjame intentarlo otra vez...

Quiso apoderarse de la mano de ella, que Adeline Duprez desasí sin brusquedad.

—Tengo frío, Ernest. Volvamos, y por favor... cállate.

Regresaron en silencio, y sólo al atravesar la Puerta Dauphine moderó ella la marcha.

—¿Dónde te dejo, Ernest?

—¡Cáspita! —dijo él mirando su reloj—. Son ya las cinco y media y...

—Y tu adorado tormento te esperará, ¿no? Te dejo cerca del «Rex».

—Eso es.

Al apearse, vio Ernest Duc, con pesadumbre, alejarse el coche. Tras él, la voz aguda de Louise, su actual novia, rompió el encanto:

—Me harás el favor de no hacerme esperar, sobre todo para ir, quien sabe dónde, con esta orgullosa de Line.

—No seas suspicaz. La encontré casualmente, y se ofreció a acompañarme.

—Para presumir de coche y burlarse de mí. Eso no lo aguanto.

—Tú te lo dices todo: Precisamente por haberme acompañado, me ha evitado que te hiciese esperar.

—Pues prefiero esperar a volverte a ver en compañía de ella. O sea que ya lo sabes... No te quiero ver más con ella, ¿estamos?

—Querida, no te anticipes —dijo Ernest Duc, irónicamente—. Aguarda a que estemos casados para hacerme escenitas.

Víctor Vital recordaba nostálgicamente sus tiempos de estudiante mientras se dirigía a la Facultad de Medicina, y saboreaba el encanto de la vida sin complicaciones serias que le salía al paso, viendo los grupos de adolescentes que deambulaban por las estrechas calles del viejo París, con sus carpetas bajo el brazo.

Sabía que su insignia de inspector inspiraría poco respeto a

estudiantes y catedráticos, y aunque su gestión no le fuese agradable, precisaba obtener la prueba absolutamente cierta de si Margot Calvet había o no cogido el arsénico del Departamento de Farmacopea.

Un ujier, galoneado de oro y azul, pasó por su lado. Lo interpeló:

—Buenos días. ¿Podría conducirme al despacho del señor decano?

El ujier pareció reflexionar si «podía o no podía», y al fin, contestó:

—Sígame. Supongo que tendrá cita acordada con el señor Dupuy.

—Naturalmente, amigo.

Un anciano de blanco bigote, caído en sus extremos, vistiendo chaqueta ribeteada y pantalón gris a rayas, y calzando impecables botines blancos, recibió a Vital. En sus manos, marfileñas, pulcras, mantenía la tarjeta que aquél le entregó:

—Siéntese, inspector. ¿A qué debo el honor de su visita?

—Existen indicios de que una alumna de esta Facultad ha dispuesto de un tóxico, seguramente conseguido fraudulentamente, y desearía, muy reservadamente, poder investigarlo.

—Me extraña —y el anciano frunció el ceño—. De todos modos haremos lo posible para facilitar su labor.

Dio vuelta a un interruptor de dictáfono y una voz preguntó:

—Dígame, señor decano.

—Qué avisen al doctor Groggnard que tenga la bondad de subir a mí despacho —y cerró el dictáfono—. Es el médico que está al frente del laboratorio de tóxicos. Una excelente persona, aunque algo excéntrico.

Vital esperó la llegada del doctor, que poco después entraba:

—Perdóneme, señor decano, pero preferí venir enseguida —y mostró su blanca bata.

—Ha hecho usted bien. Aquí el señor inspector Vital, que desea hacerle unas preguntas. Siéntese, Groggnard.

Las gruesas gafas de Groggnard no ocultaban una mirada irritada, que recorrió de arriba abajo al inspector.

—Usted dirá, señor policía.

Echó mano Vital a sus dotes diplomáticas.

—Una señorita, que me merece todos los respetos, está detenida

bajo la acusación de poseer arsénico ilegalmente. Es estudiante de esta Facultad.

—Bien, ¿y qué tengo yo que ver en esto?

—Exclusivamente desearía que me permitiese comprobar si la citada señorita tuvo ocasión de apoderarse sin dificultad del arsénico.

El doctor Grognard intercambió una mirada compasiva con el decano como si se condoliera de la supina ignorancia de Vital.

—Escuche, inspector: el médico forense que le indujera a error, determinando una hora equivocada en alguna muerte violenta, sería un cretino espantoso, ¿no?

—No se da este caso, puesto que todos sus colegas saben la responsabilidad en que incurren.

—¡Ah! Pues precisamente esto es lo que quiero que sepa usted. El que como yo ocupa un cargo de responsabilidad, sabe a qué atenerse. Los tóxicos los manejo yo exclusivamente, y asimismo, solamente yo tengo la llave de los distintos armarios. Y tenga usted la absoluta certeza de que sólo con mi complicidad puede alguien sacar tóxicos. ¿Le basta mi garantía?

—En su día, y si usted no tiene inconveniente, le rogaré que me de por escrito ésta garantía.

—Cuenta con ella. Repito que nadie saca tóxicos de mi departamento salvo para experimentos que presencio, y llevo a la milésima de gramo las cantidades empleadas.

En el progreso digestivo, efectuó Vital su resumen en voz alta, de sus últimas deducciones:

—Primer punto: el forense reconoce que era más fácil administrar el arsénico en un bombón que en la copa, puesto que no se podía obligar a Nuvion a beber en una copa determinada.

»Segundo punto: por el botones que trajo aquí las trufas, he llegado a la confitería en que fueron compradas, y he obtenido la descripción de quién las compró, y sé quién es.

»Tercer punto: ¿Por qué telefonar anónimamente si su gesto era una colaboración con la justicia?

»Cuarto punto: el ladrón que no ha robado nada en el piso de Nuvion la noche del crimen, y sin embargo, no se arriesgaría por nada».

—No debería usted atormentarse durante la digestión —dijo

Nicole, retirando la taza vacía—. Olvide el señor que es inspector de policía.

—No lo puedo olvidar, porque sino no podría comer, ni tenerte a ti como cocinera sin par.

Salió a la calle, sin idea fija, pero algo confuso germinaba...

—¡Disparatado! —pensó en voz alta, y como no estaba en su comedor sino en la calle, los que por su lado pasaban le miraron con pena—. Pero lo disparatado es a veces lo acertado.

Aquel «primer punto» era interesantísimo: descartada Margot, y si el veneno había sido puesto en una copa, ¿cómo podía tener el asesino la seguridad de que Nuvión bebería en ella? Y como un relámpago en la confusión de su mente, vio la solución.

Clara y luminosa, sonó en sus oídos una frase que inocentemente pronunció en una ocasión Gastón Mornay, y que constituía la clave de todo el misterio.

Para un inspector de policía es labor fácil proporcionarse una llave maestra. Pacientemente, esperó a que quedase vacío el piso que le interesaba, y con tranquila destreza, entró en el desocupado despacho.

Exactamente, no sabía lo que buscaba; pero tenía la convicción de que allí, entre aquellas cuatro paredes, estaba la prueba material. Se sentó en el amplio sillón del violado despacho y dejó vagar la vista. Naturalmente... los modernos negocios requieren un diccionario Larousse. Eligió el tomo 53:

«TAD-TOX».

Las hojas «Tóxicos» estaban vírgenes y limpias de toda mancha. Cogió el volumen 3:

«ARA-ART».

Y cuando estuvo abierto el tomo en la palabra «Arsénico» sonrió exultante. En la blanca juntura de la encuadernación, entre las páginas abiertas, unas leves motas aplastadas de polvillo solidificado, le demostraron que estas dos páginas habían sido leídas con interés, como lo atestiguaba aquella breve línea gris-negra, producida por la ceniza de un cigarrillo.

Salió a la calle, sin tropiezos. Silbaba... Rara vez se permitía el gesto vulgar del silbador callejero.

A lo lejos, divisó la esbelta silueta de Adeline Duprez y la varonil prestancia de Ernest Duc. Sonrió divertido, y más divertida habría

sido su sonrisa si hubiera podido oír la conversación:

—... no es por amor por lo que acepto tus citas, Ernest. Es por amor propio. Me resulta humillante que me dejaras, para luego, al final, hacerte novio de una gatita como Lulú. Y ten presente, querido, que además de valer yo mucho más que ella como mujer, tengo cuenta corriente en el Banco.

—No seas cáustica, Line —murmuró Duc, dichoso—. Hay que tener la cabeza sólida para no perderla, ante un «iceberg» que se funde.

—¿Soy yo el «iceberg»? —dijo ella riendo.

Ernest Duc cogió la diestra femenina, que ella abandonó a la suave caricia.

CAPÍTULO X

IDILIOS Y NEBLINA

Entró Vital en la celda de Margot. Ésta ya estaba más animada, reconfortada con las diarias visitas de Michel Aymé.

—Querida Margot: ¿me dejas que te tutee? Comparado contigo soy un viejo. Tú y yo vamos a terminar buenos amigos —dijo Vital.

Pero Margot tenía presente que la amabilidad de Vital, no le impedía ser el policía que la tenía detenida.

—Seremos amigos cuando yo salga de aquí. Mientras, no.

—Te serviré de testigo en tu boda —rió Vital—. Porque, mira, ya estoy harto de ver a «mon cher Michel», haciendo de Romeo ante mis venerables canas. Nunca supuse que tendría que desempeñar el papel de carabina.

Confusamente esperanzada, sonrió ella y volvió a ser la alegre muchacha de siempre.

—Esto lo puede usted evitar, echándome de aquí.

—Todo se andará, Margot. Primero, déjame decirte que eres una boba.

—¿Eh?

—Si no te hubieras callado lo del bomboncito...

—Tenía miedo de que usted pensara...

—Mijita, precisamente porque pienso no debías temerme. En fin, si me sonríes otra vez, te voy a decir algo que te alegrará.

Sonrió ella infantilmente.

—Ni hoy, ni mañana, ni pasado, recibirás la visita de Michel.

Margot Calvet se mordió el labio inferior, desagradablemente sorprendida.

—Es por tu propio bien, preciosa —rió Vital—. Escúchame: tengo el problema bien estudiado. Sólo me falta un dato y lo tendré, a lo más tardar, pasado mañana. Acércate, te lo diré al oído. Tengo miedo hasta de las paredes.

Lo que le dijo al oído debía de ser muy extraño, porque produjo en ella a la vez alegría y tristeza; Alegría, porque vióse pronto en libertad, y tristeza porque había de sustituirla en la celda alguien a quien ella quería mucho.

Michel Aymé no pudo pasar a ver a Margot, y alarmado, se marchó a paso lento, reflexionando.

Adeline Duprez puso punto final a la discusión:

—Yo no aguanto más esto, Ernest. Si a ti no te molesta el que te chillen, a mí sí. Volvamos a ser como antes... Dos indiferentes.

—No puedo, Line, no puedo —murmuró Ernest Duc.

—Tú comprenderás que no estoy dispuesta a tolerar que Lulú me llame «cazadora furtiva», como ayer lo hizo, ya que en parte tiene razón. La mejor solución es que dejemos de vernos.

—No puedo, Line. Me has devuelto la ilusión de mí época de estudiante. No puedo, ni quiero perderte...

—Pero ¿por qué tantas historias? Me quieres, te quiero... Nos queremos. Rompe ya de una vez con Lulú.

—Es una histérica. Haría escenitas, escándalos...

—Elige. No me gustan los hombres que temen a una mujer. Adiós.

Él no pudo retenerla.

—Cuando el señor anda metido en tantos líos, ¿por qué no lleva nunca su pistola?

—Querida Nico: los policías de mí tipo, sí llevásemos pistolas, ¿qué llevarían los pistoleros? No hay que entusiasmarlos. Además, llevo el arma más eficaz: los tentáculos de la ley. Y a propósito de tentáculos; esta noche, unos pulpitos rellenos no me disgustarían.

El comisario-jefe designó con un ademán el sillón, donde se sentó Vital, respetuosamente.

Aquel despacho severo, de negras lacas y ébano, tenía un aspecto demasiado fúnebre para su gusto particular.

—¿Y bien, Vital? Supongo que ya estará usted en posesión de

todos los datos precisos para concluir el asunto Nuvion-Preval.

—Mi tardanza se debe a que había que obrar con tacto como me recomendó. Todos eran enormemente susceptibles.

—No exagere, Vital. Estoy dispuesto a reconocer sus méritos, sin que usted aumente las dificultades, ¿cuáles podían ser éstas, en un caso de envenenamiento en el cual quedaron concretados los posibles criminales?

—A veces la excesiva luz ciega.

—Bien, bien... En definitiva, ¿contra quién ordeno al juez que inicie proceso por el asesinato de Paúl Nuvion?

—Tengo pruebas morales, absolutamente ciertas, de culpabilidad sobre la persona que envenenó a Nuvion. Pero temo que quizá no tengan fuerza suficiente para impresionar a un jurado. Se reducen a una frase banal, un poco de carmín labial, y una página de diccionario.

—No ande con rodeos para excitar mi curiosidad. Dígame escuetamente, ¿ha detenido ya al culpable?

—No, señor, pero confío en que obtendré su confesión ante testigos esta misma noche o a más tardar, mañana.

—Así lo espero. Muy bien, Vital, y aunque no me interesen los jeroglíficos, dígame: el culpable, ¿es hombre o mujer?

Devolvió la sonrisa Vital:

—Es hombre y mujer, señor comisario. Muy buenos días.

Ya había salido Vital, y aun seguía meditando el comisario. ¿Hombre y mujer? ¿Un caso de hermafroditismo?

Salía Vital de la comisaría cuando, al dirigirse hacia la otra acera, le salió al paso la atlética mole de Gastón Mornay.

—Buenas tardes, inspector. Desearía que me hiciera un favor.

—Intentaré complacerle.

—¿Le sigo siendo sospechoso?

—Sospechas y murmuraciones son defectos universales.

—¿Puede autorizar mi viaje a Saint-Quentin?

—¿Motivos del viaje?

—Entrevistarme con el arrendatario de mí granja, que pide un aumento en el nuevo contrato, el cual debe formalizarse ante notario, sin prórroga, mañana mismo.

—¿Piensa usted concederle el aumento al granjero?

—No. Rescindiré el contrato. ¿Le interesan las granjas?

—Enormemente. Los mugidos de las vacas son mi música preferida, y esa leche cremosa, espesa... y el calor tan confortable de los establos...

—Creo que nos apartamos de la cuestión en litigio, inspector —objetó Mornay, impaciente y sospechando ironías inexistentes—. ¿Puedo o no ir a Saint-Quentin?

—Tenga buen viaje. Prolongué mi asentimiento para vengarme así de su silencio al no decirme lo del bombón.

—Es que desde chico odié a los soplones. ¿Tengo que darme prisa en volver o puedo prolongar mi estancia en Saint-Quentin?

—Olvide este desgraciado incidente. Está, usted totalmente libre por lo que a la policía respecta.

El suspiro de alivio que emitió Gastón Mornay debió de oírse en el propio Saint-Quentin.

Poco después el inspector llamaba por teléfono a un agente:

—¡Aló! ¿Larsuy?

—A sus órdenes, inspector.

—No me pierda de vista, con sus compañeros, ni un instante, y lo más discretamente posible, a Adeline Duprez.

Obscurecía. Una ingrátida neblina mitigaba el resplandor de las farolas recién encendidas. Adeline Duprez, con su paso elástico y decidido, salió del «Rendez-vous». Casi chocó con Ernest Duc.

Fingiéndolo no reconocerlo, intentó seguir adelante, pero la diestra de él se posó, implorante, sobre su brazo.

—Atiéndeme, Line. Tengo que hablarte... Déjame que te explique...

—Adiós, Ernest. Nada tenemos que decirnos.

Se desasió y siguió andando. Pronto se perdió en la bruma, atravesando el puente sombrío y húmedo que unía el bulevar de Saint-Michel con su típicos «quais» de librerías de viejo, con el casco antiguo de la isla de La Cité.

Sin la caricia del sol, solitario como estaba a aquella hora, ofrecía el puente un aspecto desolador, que imponía desagradablemente a quien no tuviera costumbre de cruzar por aquellos parajes, que el creciente crepúsculo plateaba, invadiendo las turbias aguas del Sena.

Cuando Line lo hubo atravesado, unos pasos apresurados resonaron detrás de ella, y de nuevo, Ernest Duc se interpuso en su

camino. Había un gesto de amenaza en su rostro.

—Me escucharás, Line. Me has de oír, porque me quieres... ¡Niégalo!

—No lo niego. Pero quiero al hombre decidido que conocía, no al pelele que hoy teme romper con una chiquilla por miedo a sus uñas.

La neblina se hacía más densa. Ambos se detuvieron junto al quicio de un portalón oscuro. Estaban completamente solos. A lo lejos, una sombra parecía esperar...

—¿Quieres al hombre decidido? —murmuró él roncamemente—. ¿Decidido a todo?

—Así te prefiero, y así te quise.

—Óyeme bien; si yo fuera un ladrón, ¿me querrías igual?

—Prefiero un ladrón a un cobarde.

—Huyamos, vayámonos de aquí.

Densas gotas iniciaron un monorrítmico repiqueteo sobre la gabardina de Ernest Duc.

—¿Por qué huir, Ernest?

—No puedo decírtelo ahora. Vayámonos lejos de París, a cualquier sitio... y cuando seas mi esposa, entonces te diré...

—Quiero saberlo ahora. Cuanto puedas decirme, no destruye mi cariño.

—Yo robé a Paúl Nuvion.

—Nadie lo sabe. No hace falta que huyamos: casémonos aquí.

—Pero Lulú me delatará para vengarse.

—¿Ella lo sabe?

—Sí. ¡Y no callará! —exclamó él anhelante—. Por esto, no quería yo...

—Adiós, Ernest. Sigues acobardado.

—¡No me exasperes!

Y violento, ya atenazó por un brazo.

—El exprés para el Sur sale dentro de diez minutos. Ven conmigo...

Sus gestos eran febriles, como enloquecidos...

—Me siguen. Hace ya días que un policía es mi sombra constante. Vayámonos, y te lo contaré todo.

Una sombría virilidad decidida iluminaba su rostro tenso. Como si estuviera fascinada, atraída ella se dejó llevar.

—A mí también me sigue un policía, Ernest.

—No importa. Le daremos esquinazo. La neblina nos ayudará.

En la estación de Saint-Lazare, las múltiples bocas de los pasadizos subterráneos que conducían a las distintas líneas, eran laberintos ideales para perderse.

Pero mientras Ernest Duc sacaba los billetes, vio Adeline Duprez como una sombra muy conocida se deslizaba al andén, en la línea 7, París-Lyon-Totouse.

El tren resoplaba impaciente. Al entrar la pareja en el compartimiento del coche-cama, cerró Duc la puerta.

—¿Y si nos han seguido hasta aquí?

—No importa —murmuró él—. En cualquier estación huiremos...

Se desplomó en la litera, y apoyó la cabeza entre sus manos. Ella le acarició la ardorosa frente.

—Querido, olvida. Yo te haré olvidar.

Cuando el tren arrancó, el traqueteo despertó a Duc de su ensimismamiento.

—Te quiero locamente, Line. En esto te lo demuestro: huyo por tenerte. Podía haberme quedado en París: nadie habría podido demostrarme nada, ¿comprendes? Por quererte, me he jugado ahora la vida.

Y la enlazó por el talle, hundiendo el rostro en el pecho de ella. En brusco sollozo, que desgarró la garganta masculina, habló roncamente:

—Paúl Nuvión me prestó en varias ocasiones hasta doscientos mil francos, sin recibo. La tarde de la noche en que murió, fui a pedirle cien mil más. Le aseguré que con ellos me reharía, que se lo devolvería todo... Fui elocuente. Consintió, pero a cambio de firmarme un recibo por el total de mi deuda, pagadero a los seis meses. Firmé, y él guardó el recibo en su despacho. Por esto, aquella noche fui y se lo quité.

—Pero ¿no comprendiste que a la mañana siguiente él notaría la falta del recibo?

—A la mañana siguiente, «él no estaría vivo».

Ella no dijo nada. El

«trac-trac»

del tren era exasperante...

—Sabía que Lulú quería casarse conmigo a toda costa, y que era una loca. Ya llevaba tiempo preparándola, y aquella noche me pareció la propicia. Le aseguré que nadie sospecharía de ella, puesto que Julia Ortuño, su padre, Preval, se verían comprometidos, y que a ella le sería fácil hacerlo, sin despertar sospechas. Yo me di una inyección que me produjo fiebre, y el precio que hubiese pagado por los trescientos mil francos que nunca podría, devolver, habría sido casarme con Lulú.

En la puerta resonaron unos golpes. Saltó en pie, Duc, demudado.

—No tengas miedo —susurró ella—. Es el revisor.

Abrió la puerta, y Víctor Vital entró...

CAPÍTULO XI

RESUELTAS LAS INCÓGNITAS

Tras él, dos agentes se abalanzaron sobre Ernest Duc, esposándolo. Lo que dejó inerte, anonadado a Duc, no fue la aparición de Vital, sino la aparición en el rostro de Adeline Duprez de una sonrisa extraña, dura, casi cruel.

Cuando abandonó Duc el coche policial, para ingresar en un calabozo, le perseguía aun la imagen de una sonrisa cruel, dura, extraña...

En el despacho de Vital, Line se sentó frente al inspector.

—Gracias, Line. ¿Cuál fue el origen de sus sospechas contra Duc?

—Algo poco policiaco. Analizando sin más base que el conocimiento profundo que yo tenía, a expensas mías, del carácter de Duc. Era un ambicioso. Sus asuntos iban mal... y sin embargo, Lulú tenía el pleno convencimiento de que él se casaría con ella. Yo conocía a Duc, dominador, poco amigo de dejarse imponer por una mujer, y sin embargo, parecía temerla.

Line encendió un cigarrillo prosiguiendo:

—Sabía que Ernest tenía la íntima convicción de que mi odio hacia él no era más que cariño despechado. Y hoy era yo una mujer con el suficiente dinero para serle agradable. Lo demás usted ya lo sabe. He conseguido que confiese...

—Lo cual era el elemento que faltaba. Ahora que ha ganado usted, le seré sincero. Acogí con escepticismo su plan de conseguir que Ernest Duc confiase en usted. Creí más eficaz actuar sobre los nervios del que se siente acosado. Es un procedimiento lento, pero

seguro. No quería detener a Duc, hasta no reunir el cúmulo de pruebas. Yo sabía que daría un paso en falso si se sentía acosado. Por esto, encargué a un hábil agente su vigilancia. La habilidad de este agente consistía en ser diestramente torpe, haciéndose visible. En fin, la colaboración de sus encantos y la torpeza voluntaria de un agente, nos han llevado a la feliz conclusión de una confesión completa.

—Usted, inspector, que no tenía motivos psicológicos en qué basarse, ¿cómo sospechó de él?

—Partí de la base de que quien mató a Paúl Nuvión, lo hizo sabiendo que en la investigación aparecerían muchos sospechosos. Nadie mata ante testigos si no puede asegurarse casi la impunidad. Lo que perdió a Duc fue que, fingiendo todo lo contrario, comprometía a más personajes. Supo por Lulú que Margot había dado un bombón a Nuvión cosa excelente para sus planes. Me fue remitida una caja de trufas heladas y averigüé que fue Duc. Claro está que podía interpretarse como ayuda para el esclarecimiento de la muerte de su mejor amigo, pero si éste era su deseo, ¿por qué no vino personalmente? A mí no me habría extrañado su colaboración. Pero él tenía ya la mentalidad del delincuente que se imaginaba, sabiéndose autor del delito, que el menor de sus gestos me inspiraría sospechas. Lo que a mí me obsesionaba era cómo pudo el asesino proveer que Nuvión bebería en una copa determinada.

Hizo una pausa Vital, cerrando los ojos.

—Recordé una frase de Gaston Mornay. Que fue dicha la noche en que reconstruí la actuación de todos ustedes. Cuando Mornay sustituyó a Paúl Nuvión, le pregunté si Nuvión había dicho algo al entregar las copas y él respondió: «Creo que a Lulú le dijo que quería saber sus pensamientos».

En su nueva pausa, Vital se comportó como el orador que preparara un latiguillo de efecto.

—No le concedí importancia a esta frase, que juzgué sin sentido y propia de las modernas insulseces que se estilan en las conversaciones cuando no se sabe qué decir. Alguna que otra vez acuden a mí recuerdo imágenes de mí juventud. Vi claramente una escena: Una preciosa chiquilla, que hoy será una respetable matrona, estaba refrescándose con un inofensivo jarabe. Yo, en broma, quise beber en su vaso y ella se negó diciéndome: «No,

porque adivinaría usted mis pensamientos».

—Conozco esta leyenda que pretende que si un enamorado bebe en la copa de otro le adivina sus secretos pensamientos.

—Exacto. Entonces comprendí que Nuvión, al decir aquella frase, había firmado su sentencia de muerte. Lulú, segura de que él bebería en su vaso, no tuvo más que beber, y depositar gentilmente el arsénico. Esto, al pronto, me pareció un disparate. ¿Cómo suponer que una chiquilla como ella pudiera llegar hasta el crimen, tan sólo por la seducción que sobre ella pudiera ejercer Ernest Duc?

—Lulú no tiene una mentalidad corriente.

—Cierto —asintió Vital. Pero deslizó una mirada irónica sobre Adeline Duprez, que tampoco era algo corriente—. En el borde de la copa que contenía el tóxico, había la huella de un lápiz labial: «tatuaje Laurendor». Era la marca usada por las hermanas Ortuño, pero también por Lulú. Seguí el camino que se abría ante mí, y penetré a inspeccionar el despacho de Ernest Duc, novio de Lulú. No le reputaba tan torpe como para dejar sin destruir lo que pudiera comprometerle. Pensé que si él era el inductor, tenía que haber estudiado los efectos del arsénico. Una página del «Larousse», me confirmó que estaba bien orientado.

Cuando Adeline Duprez abandonó el despacho de Vital, éste, pese a la eficaz ayuda que de ella había recibido, no pudo evitar el seguirla con una mirada de escasa simpatía...

El agente Santos presentó un folio.

—La declaración de Louise Doriot, señor inspector.

Ajustóse las gafas Vital, y ojeó la declaración. Luego comentó:

—En este caso me ha tocado habérmelas con dos damitas poco simpáticas. Escuche esto.

Y en voz alta fue leyendo:

«Yo, Louise Doriot Landuy, de mí puño y letra, redacto la presente declaración. Ernest Duc, mi prometido, me venía diciendo desde tiempo atrás, que sólo esperaba la ocasión de hacer un buen negocio para casarnos. Pese a mis preguntas, nunca quiso explicarme la ocasión que esperaba. La tarde que precedió a la cena del Club de Adeline Duprez, me

llamó Ernest Duc para que fuera a verle.

»Lo encontré en cama. Me dijo que simulaba un ataque gripal, para no acudir a la cena, y entonces me explicó su plan. Me dio un anillo con un camafeo y me enseñó a manejarlo. Dándole vueltas sobre el dedo y poniendo boca abajo el camafeo, oculto en la palma de la mano, y empujando ligeramente con el pulgar podía hacerse caer en cualquier recipiente el contenido del vaciado que el camafeo ocultaba...

»Me aseguró que el polvillo que contenía el anillo era una mezcla inofensiva, destinada a producir en Nuvion una total insensibilidad que a lo sumo le duraría unas horas, y así, mientras le prestaban los cuidados necesarios para que volviera en sí, él, Ernest Duc, tendría tiempo de registrar el piso de Nuvion en busca de unos recibos comprometedores, que acreditaban los fuertes préstamos que había obtenido de Nuvión.

»Insistió en que no había peligro alguno.

Empujada por mí amor hacia ese miserable, esperé la oportunidad, y cuando Nuvion se acercó a mí con una copa diciéndome que quería adivinar mis pensamientos, comprendí que era la ocasión. Bebí lentamente y después vacié el contenido del camafeo en la misma copa.

«Nunca creí, engañada por Duc, que mi gesto pudiera causar la muerte de Paúl. Si he de ser castigada, que lo sea por haber creído y amado a un ser indigno, que abusó de mí credulidad, para hacerme inconscientemente cómplice de un crimen».

La firma al pie de la declaración era angulosa, aguda...

Vital miró a Santos:

—Simpática, ¿eh? Ahora pretende que Duc pague todo el pato. Es hábil, pero comete un error en su declaración. ¿Lo ve?

—Ella afirma que Duc insistió en que no habría peligro alguno, y que ella obedeció, crédula, pero, por muy ciega que esté una mujer medianamente lista, y ella ha demostrado serlo sobradamente, había de comprender que la desaparición de los recibos originaría la denuncia del robo por Nuvión. Por tanto, ella sabía al echar la mezcla «inofensiva» según ella, que Nuvión moriría.

—No es usted torpe como pretenden los envidiosos, Santos. Acompañeme a ver a Duc: toma taquigráficamente la conversación que voy a sostener con el abogadillo asesino.

En el calabozo, Ernest Duc, al verlos entrar procuró dominar el tic nervioso que retorció su labio superior.

—Su novia acaba de firmar y escribir esta declaración, en la cual demuestra que usted abusó de su credulidad de enamorada, haciéndola creer que, en vez de arsénico, le entregaba usted un soporífero de inofensivo resultado.

—Si presta usted crédito a las fantasías de una muchacha histérica y despechada, está listo, amigo mío. Primero, y esencial: no sé de qué me habla Segundo y secundario: no entregué nada a Louise Doriot.

—Usted no está informando en el Palacio de Justicia, Duc. Olvida demasiado fácilmente que escuché la conversación en compañía de dos testigos. La conversación que sostuvo con Adeline Duprez en el compartimiento del tren. Eminentemente sincera. Casi patética.

Aspiró Duc nerviosamente el cigarrillo.

—Lo que diga ella no tiene valor de prueba, puesto que nadie ignora que ella me odia. Y el testimonio de usted, agente encargado de las pesquisas, tiene escaso valor jurídico.

—Mi querido leguleyo, se equivoca usted plenamente. Considerando que no soy policía solamente para basarme en suposiciones, y resultando otrosí, que me atengo a razones sólidas y efectivas, de las que son tan amigos los abogados, la prueba material... la pieza de convicción...

Se estremeció Duc al oír la última frase. Fingió tener frío dándose palmadas en los brazos.

—¿No le sugiere nada esta palabra? «Convicción». El proceso más hábilmente montado tiene un fallo. Indagué sobre su pasado, y supe que actuó usted como secretario de un juez eminente,

especializado en casos criminales. En uno de éstos, se había conseguido, como pieza de convicción, el frasco de arsénico empleado por el envenenador. Al archivar la causa, se notó la falta del frasco, así como la del anillo de camafeo de que se había valido el asesino. El anillo era éste.

Vital enseñó un camafeo representando la cabeza de una esfinge, montado en aro de plata.

—Estaba en el bolso de Lulú, y aun conserva algo de arsénico. Todo ello unido a la declaración de su novia, hará que el jurado estime una agravante... La del crimen abyecto, unido al engaño a una pobre chica inocente, cuyo delito era amarle. En fin, lea usted mismo la declaración de la pobrecilla.

Duc rechazó el folio, y aplastó la colilla de un taconazo.

—La pobrecilla sabía perfectamente que era arsénico lo que contenía el anillo, y si la muy pécora no supo tirar al Sena esto, como le dije, que pague las consecuencias.

Rió cínicamente, añadiendo:

—Una por tonta y otra por rencorosa, son dos mujeres las que me han traído aquí, inspector.

Vital asintió comentando:

—La tercera, la que le queda por conocer... ésta le hará olvidar a las otras dos, Ernest Duc.

Salió de la celda, seguido por Santos.

—¿Tomó nota de todo?

—Al pie de la letra, señor.

—Bien, pues ya podemos respirar tranquilos. El maldito arsénico nos dio buen trabajo.

El agente Santos tosió discretamente.

—¿Qué pasa, amigo?

—¿Puedo preguntar al señor inspector qué sentido debo dar a la última frase? ¿Cuál es la tercera mujer?

—*Madame Guillotina.*

EPÍLOGO

Una mañana de tibio abril, Margot Calvet y Michel Aymé subieron rápidamente en el coche, huyendo de las bromas y felicitaciones de los invitados.

Pese a todo su modernismo, Michel y Margot estaban cohibidos.

—No estuvo Line, ¿eh? —comentó ella, para decir algo.

—No parece lamentarlo.

Quería él evitar el silencio, porque sentía un ansia incontenible de decir las tres palabras que siempre le habían hecho retorcerse de risa cuando las oía en el cine:

«¡Al fin solos!».

—No me gustó la acción de Line.

—Pero entregó un criminal y su cómplice a la ley.

—Fue vengativamente, por rencor. Y una mujer que quiere, perdona, aun siendo engañada.

Era tan grande la bondad sincera de los pardos ojos de Margot Calvet, que Michel Aymé, sucumbió, balbuciendo:

—¡Al fin solos!

FIN

A pesar de su borroso pasado. Edgar Blakell consiguió un puesto en el F. B. I. y el amor de una bella muchacha...

Para eso tuvo que rehabilitarse, demostrar su inocencia y la de su padre, correr continuos y gravísimos riesgos... Vivir



RONDANDO AL PELIGRO

FRANCIS ROD

el joven y brillante escritor, maestro en el difícil arte de mantener en suspenso a los lectores, ha logrado una novela cuyo ritmo, esencialmente cinematográfico, encadenará su atención impidiéndole abandonarla hasta la página final. Si a usted le agradan el dinamismo, la acción continua y trepidante, lea

RONDANDO AL PELIGRO

que le hará vivir unas horas emocionantes...

Guarde en su memoria este título:

RONDANDO AL PELIGRO

¡Es el de una novela excepcional que recordará durante largo tiempo!

Aparecerá en el próximo número de la apasionante colección:

SERVICIO SECRETO

Últimas novedades de **EDITORIAL BRUGUERA**



COLECCION PIMPINELA

- Núm. 311 - Corín Tellado
UNA MUJER FEA
- Núm. 312 - Isabel Salveña
SOBRE LAS CUMBRES
- Núm. 313 - Trini de Figueroa
SU MAJESTAD EL DESTINO

APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCION ROSAURA

- Núm. 151 - Carlos de Santander
BENDITO SACRIFICIO
- Núm. 152 - María Adela Durango
EXTRAÑA HERENCIA
- Núm. 153 - Ana Marcela García
EL DERECHO AL AMOR

APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCION BISONTE

- Núm. 252 - Pat Segram
EL DESVEREDADO
- Núm. 253 - Rogers Kirby
LA MARCA FATAL
- Núm. 254 - M. de Silva
SOLDADOS SIN BANDERA

APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCION SERVICIO SECRETO

- Núm. 116 - Kent Miller
LA LEGION DIABOLICA
- Núm. 117 - Peter Dabry
ARSENICO Y ESTILETE
- Núm. 118 - Francis Rod
RONDANDO EL PELIGRO

APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCION MADREPERLA

- Núm. 207 - Dasabel
JUNTOS EN LA META
- Núm. 208 - María Adela Durango
RAZAS OPUESTAS
- Núm. 209 - Laura Tur
ERAN TRES LOS NOVIOS

APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCION AMAPOLA

- Núm. 37 - María Esperanza Neyra
LA SOMBRA DE MYRTA GREY
- Núm. 38 - Sergio Cuval
SENDA DE REDENCION
- Núm. 39 - María Adela Durango
LA MUJER SIN ROSTRO

APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCION IRIS

- Núm. 14 - Arnaldo Visconti
LA SULTANA
- Núm. 15 - Arnaldo Visconti
TRES BALAS Y UNA ORQUIDEA
- Núm. 16 - Arnaldo Visconti
RIO TORMENTO

APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCION AUTORES FAMOSOS

- Núm. 46 - Zona Grey
CAUTIVOS DEL DESIERTO
- Núm. 47 - Brett Austin
FUEGO EN EL RANCHO
- Núm. 48 - Frank Grüber
EL FORAJIDO

APARICION BIMENSUAL. PRECIO 16 PTAS.

● Volúmenes recientemente aparecidos

○ Volúmenes de próxima aparición

Precio: 5 ptas





Pedro Víctor Debrigode Dugi
(1914-1982)

es uno de los grandes autores de la novela popular española en su época de esplendor, aquella que va desde los años cuarenta hasta inicios de los años setenta del siglo XX, cuando la televisión cambia definitivamente los hábitos de consumo de la sociedad española. Fue autor de centenares de títulos en la amplia diversidad de géneros que caracterizaba esta manifestación cultural aunque destacó en el terreno de la novela de aventuras y de la novela policíaca.

Nació en Barcelona el 13 de octubre de 1914, siendo su padre francés y su madre corsa. Educado en un ambiente culto —su padre era ingeniero aeronáutico— tuvo una esmerada educación. Estudió la carrera de Derecho aunque no la pudo finalizar pues el año 36, viviendo en Santa Cruz de Tenerife, se vio alistado en las filas del bando nacional al inicio de la Guerra Civil; tras solicitar su traslado a la Península se vio envuelto en extrañas circunstancias que le llevaron a ser acusado de espionaje. Tras ser liberado por falta de pruebas, intentó pasar a Francia pero no lo consiguió siendo nuevamente detenido acusado no sólo de espionaje sino de

abandono de destino y malversación de caudales. Tras pasar por distintos penales y ser condenado, finalmente salió en libertad en octubre de 1945. Empezó a escribir desde la prisión y se casó por primera vez en 1949 teniendo cuatro hijas a medida que iba consolidando su dimensión de escritor profesional. La familia combinó la residencia en diversas poblaciones de Cataluña y se trasladó posteriormente a Santa Cruz de Tenerife. Desde 1957 hasta 1963 Debrigode se estableció en Venezuela donde trabajó como corresponsal de la Agencia France Press y como relaciones públicas de un hotel. Vuelto a España, su esposa falleció en 1967. Se volvió a casar en 1972 y fijó su residencia en La Orotava a partir de 1974; falleció en febrero de 1982 a la edad de sesenta y ocho años dejando tras de sí una ingente producción literaria.

Utilizó un amplísimo abanico de pseudónimos aunque los más importantes fueron Peter Debry —con él creó la mayoría de su narrativa policíaca y del oeste— y Arnaldo Visconti —con esta máscara presentó toda su narrativa de aventuras— pero también firmo sus obras como P.

V. De

brigaw, Arnold Briggs, Geo Marvik, Peter Briggs, v. Debrigaw, y Vic Peterson.